

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

ESCUELA DE VERANO

LA MEXICANIDAD EN LA VIDA Y EN LA OBRA
DE IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO

Tesis presentada a la Escuela
de Verano de la Universidad
Nacional Autónoma de Méxi
co en cumplimiento par-
cial de los requisi -
tos fijados para ob-
tener el título -
de Maestro en -
Artes en Espa
ñol por el -
señor

DONALD WILLIAM BLEZINICK



BIBLIOTECA SIMÓN BOLÍVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS

México, D. F.

1948



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

XN48

B5

ej. 2

A LA MEMORIA DE

MI MADRE

00142



BIBLIOTECA SIMÓN BOLÍVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS

ADVERTENCIA

Mis agradecimientos profundos al señor Doctor Julio Jiménez Rueda, mi Consejero en la realización de esta obra. Además, mi gratitud al Maestro Raúl Cordero Amador, quien me ayudó mucho con su biblioteca personal. Expreso mi obligación al Maestro Rafael Heliodoro Valle, quien me dedicó minutos importantes de su tiempo ocupado para facilitarme la recopilación de datos esenciales. Debo mencionar los papeles que desempeñaron mis maestros de la Escuela de Verano y de la Facultad de Filosofía y Letras en prepararme para la tarea de ejecutar esta tesis.

En esta ocasión no debo pasar por alto a los maestros de mi Alma Mater, los doctores Henry A. Holmes, William Knickerbocker, Bernard Levy y René Vaillant, quienes concienzudamente dirigieron mis primeros pasos en el estudio de las letras españolas e hispanoamericanas.

- - - -

PRÓLOGO

Ignacio Manuel Altamirano era indio de pura raza según su propia aseveración y los documentos que sobre él se conservan. Aunque de abolengo indígena, tuvo la cultura del hombre blanco sin abandonar por completo los recuerdos poderosos de su vida sencilla en Tixtla. El Maestro salió de su ambiente natal para desechar el retraimiento que caracteriza su grupo étnico, para hacer sentir su personalidad vigorosa. Por eso debemos considerarlo como representante de la cultura del blanco con ciertos matices indígenas que dan un sabor especial a la estructura del hombre.

Altamirano estuvo en el cruce entre su maestro, Ignacio Ramírez, destructor del pasado y su discípulo, Justo Sierra, pregonero del futuro. El Maestro hizo todo por realizar la culminación máxima de estas dos fuerzas.¹ Su genio entró en todas las fases de la vida mexicana en el logro de ese fin. Sin embargo, observamos que este hombre, de tan recia cultura, sabía poner en palabras bien escogidas las impresiones y las ideas de sus contemporáneos sin inyectar casi nunca algo enteramente original, algo propiamente suyo. Mirándolo en perspectiva, admitimos que sin duda alguna, la grandeza del Maestro se halla en la influencia que ejerció sobre sus contemporáneos, sus discípulos y el pueblo mexicano más

que en el valor de sus escritos mismos. Poseía la amplia visión del futuro y el patriota por excelencia siempre contemplaba el surgimiento de su Patria que un día alcanzaría la estatura de una nación verdaderamente grande.

1.- Abreu Gómez, E.- "Ignacio M. Altamirano" en "El Símbolo", 10. de diciembre de 1934.

I. ALTAMIRANO EL HOMBRE

"Fué el Genio tu aristocracia;
tu ley la fraternidad;
tu gran libro la desgracia;
tu culto la democracia;¹
tu numen la libertad."

Tixtla, pueblo sencillo de Guerrero fué el suelo nativo de Ignacio, Hombono Serapio. Allí bajo un cielo azul, de tró pico en el ambiente humilde, esta criatura vió la luz por primera vez, el 13 de noviembre de 1834. Sus padres no tenían apellido y le dieron al niño el de un español que llevó a la pila bautismal a uno de sus ascendientes. Llevó una existencia casi salvaje sin saber el idioma español hasta los 14 años. Más tarde, el recuerdo de su valle natal había de persistir en Altamirano como una nota característica de su genio y de su obra multiforme.

Por fin entró en la escuela donde todavía subsistía la segregación entre los de razón, los hijos de españoles que tenían muchos privilegios y los indios que carecían de oportunidades. Como su padre había sido elegido alcalde del pueblo, Ignacio se encontró en el primer grupo. Pronto su inteligencia vigorosa le hizo sobresalir entre sus condiscípulos. En 1849, valiéndose de la nueva ley que ofreció a los jóvenes indios distinguidos la ocasión de ir al Instituto Literario de Toluca, fué allá para estudiar español, latín, francés y filosofía. Fué discípulo de Ignacio Ramírez y logró distinguirse en las clases.

1.- Peza, Juan de Dios - "A Ignacio M. Altamirano". Velada literaria del 5 de agosto de 1889, Secretaría de Fomento.

Quedó un rato en un colegio particular de Toluca, pero su espíritu vigoroso le hizo lanzarse a una vida errante. Se unió a una compañía teatral donde se estrenó su drama histórico, "Morelos en Cuautla". Harto de aventuras volvió a México para continuar sus estudios en el colegio de San Juan de Letrán. Allí comenzó sus primeros ensayos en el periodismo; pero su nombre era desconocido y no apareció en sus artículos. En aquel entonces se acercaba la guerra civil y Altamirano se interesó en la política. Su capacidad de dirigir ya se hacía sentir y habló de las reuniones en su cuarto de estudiante: "Así, mi humilde cuarto solía transformarse, por la afluencia frecuente de estos amigos, en redacción de periódico, en club reformista o en centro literario, que se aumentaba naturalmente con la asistencia de numerosos estudiantes curiosos y partidarios ardentísimos de la revolución."¹

Pasó el año de 1857 y a fines de él estalló la guerra civil en la ciudad de México que se prolongó hasta enero de 1858. En ella, la reacción triunfante se apoderó de la ciudad. El club no volvió a reunirse y era difícil para los socios de sustraerse a la suspicacia de la policía. Todos se separaron y volvieron combatientes o salieron de la atmósfera pesada de México. Altamirano se dirigió al Sur, a su querido Guerrero. Inició su actuación militar en 1858 y 1859. Formó un grupo de caballería irregular, lo pertrechó y lo disciplinó. Con los quinientos hombres que lo integraron, reali

1.- Flores, Manuel, "Pasionarias". Prólogo por Altamirano, noviembre de 1882, pág. II.

zó grandes hazañas en los Estados de Guerrero y Morelos.

La Reforma triunfó como previó Altamirano y el 11 de enero de 1861, Benito Juárez estableció su gobierno en México. Altamirano fué electo diputado al Congreso de la Unión, en ese año y pronto su personalidad vigorosa sobresalió en la Cámara. El primer discurso que pronunció allí es inolvidable en los anales de los que se han oído en ese lugar.

Luchó valientemente durante la Intervención francesa y siempre se destacó por su valor militar. Si le agradó la vida del ejército no era porque se considerara soldado profesional sino porque su amor a la Patria le obligó a luchar. En una carta a Benito Juárez, explicó los móviles que lo llevaban a combatir: "No he estado en servicio militar, ni lo estoy; pero no dude V. de que cumpliré con mi deber, llegado el caso, como he cumplido otras veces en que he tomado parte en la campaña, como voluntario desde la guerra de Reforma. Me agrada la carrera militar; a pesar de que no he sido educado en ella y sólo me agrada defendiendo la libertad, pues tengo la mía, a la que he sacrificado once años de estudio y de trabajo."¹

El Maestro en 1862 mostró su patriotismo arraigado al defender a su país contra los ataques calumniosos del Barón de Wagner, Ministro de Prusia en México. Este, valiéndose de la anárquica situación que prevalecía en México y creyén-

1.- Archivo de Juárez de la Biblioteca Nacional de México. Carta al Sr. Presidente D. Benito Juárez, el 12 de marzo de 1866 - De La Providencia.

dose exento de cualquier represalia, había comunicado a Europa que el pueblo mexicano aceptaría con aplauso la intervención francesa. Contra él, Altamirano lanzó una terrible requisitoria en "El Monitor", el 11 de agosto de 1862. La tesis de la requisitoria era lo siguiente en los términos mismos del autor:

"¿Cree acaso Mr. Wagner que había un digno hijo de esta patria que no esté pronto a sacrificar su vida por la independencia? ¿No ve el perspicaz diplomático que el pueblo pide armas, que los soldados se impacientan en el campamento, que aun nuestros hermanos emigrados de la Alta California se ofrecen a millares para venir a combatir por su país, que en las repúblicas sudamericanas la juventud generosa no pide más que transportes para venir a derramar su sangre al pie de nuestra bandera?"¹ Como resultado de eso, Altamirano fué atacado por dos personas de la Legación Prusiana. No pasó nada con los asaltantes y el Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores, Juan de Dios Arias, medroso del poder de Prusia, ordenó que se recogieran los ejemplares del folleto que se publicó después.

Después de todas estas luchas se esforzó por el progreso de la vida cultural de México. Citamos a Jiménez Rueda para tener un cuadro sucinto de sus labores en las dos décadas y pico que siguieron los conflictos: "Fundó varias sociedades literarias, restableció el Liceo Hidalgo, fundó la So-

1.- "Altamirano y el Barón de Wagner", por la Secretaría de Relaciones Exteriores, 1932, pág. 9.

ciudad Gorostiza, de autores dramáticos. Fue miembro de otras agrupaciones mexicanas y extranjeras. Ocupó puestos públicos de importancia: Fiscal de la Suprema Corte de Justicia Procurador General de la Nación, Presidente de la Corte, Oficial Mayor de Fomento."¹ Además, pasó mucho de su tiempo enseñando y desempeñó varias cátedras (Véase capítulo IX).

En 1889, Altamirano fue nombrado Cónsul General en España con residencia en Barcelona. Por desgracia, a los pocos meses, sus enfermedades lo obligaron a permutar con Manuel Payno su puesto en Barcelona por el de Francia. En 1891, como Representante del Gobierno Mexicano, fue al Congreso de Americanistas en Berna. Durante una sesión se levantó en la tribuna y mediante una disertación improvisada en fluido francés, pronunció una luminosa alocución de antropología mexicana, presentándose como un ejemplar purísimo de la raza mexicana.

La nostalgia agravaba la condición que tenía desde hacía tiempo, debido a los años pasados en bibliotecas sobre los libros, la vida estrecha de sus días estudiantiles y sus esfuerzos militares en la lucha por la independencia. Siempre anhelaba regresar a la tierra natal y esperaba morir allí. En 1891 escribió así acerca de su país: "Europa es bella, París es maravilloso, pero México es mi Patria y usted lo sabe bien: a la madre se le prefiere no porque sea bella, ni rica,

1.- Jiménez Bueda, Julio - Historia de la literatura mexicana, 1946, pág. 214.

sino porque es madre."¹

Pasó unos meses en San Remo, Italia desde fines de 1892 hasta principios de 1893. Allí falleció el 13 de febrero de 1893. Trajeron sus cenizas a México y en 1934 durante la conmemoración del centenario de su natalicio las llevaron a la Rotonda de los Hombres Ilustres.

1.- Benítez, Fernando - "Muerte de Ignacio M. Altamirano" en El Nacional, el 13 de febrero de 1938.

II. IDEAS DE ALTAMIRANO SOBRE LA LITERATURA.

"Corremos el peligro de que se nos crea tales como se nos pinta, si nosotros no tomamos el pincel y decimos al mundo: --ASI SOMOS EN MEXICO."¹

La mexicanidad de Ignacio Manuel Altamirano se muestra tanto en la literatura como en todos los terrenos de su actividad intensa. Quiso moldear una literatura completa y propiamente mexicana. Todos, cualquiera que fuera su fe política, tuvieron, a su juicio, el deber de trabajar juntos para lograr el desarrollo de las letras patrias. Altamirano no vió ninguna razón por seguir ciegamente los modelos europeos sin inyectar mucha originalidad en sus escritos, señal de un buen escritor. A él le chocó la lectura muy corriente en su época, de la novela extranjera y francesa en particular, porque creyó que esta lectura: 1-Corrompía la hermosa lengua nacional de México, dejándola degenerar en un dialecto de las lenguas extranjeras, lo cual recuerda la degeneración del latín clásico en la jerga de los bárbaros de la Edad Media; 2-Comprobaba que el pueblo mexicano había tomado tal gusto por la historia, las costumbres y la geografía de países extranjeros, que, a su modo de ver, había acabado por desechar y desdeñar lo que debía haber sido arraigado firmemente en su alma.

No deseó rechazar por completo la influencia de la literatura de otros países. Pensó que sí había que estudiar to-

1.- "Revistas literarias de México", por Altamirano; México, 1868, pág. 15.

das las escuelas literarias del mundo civilizado como las de Grecia, Roma, las obras de Shakespeare, Dante, Cervantes y Fray Luis de León, cuyas lecturas son indispensables, Sin embargo, debían ser nada más que modelos o guías y un escritor mexicano tuvo la obligación de afirmar que: "...deseamos que se cree una literatura absolutamente nuestra, como todos los pueblos tienen, los cuales también estudian los monumentos de los otros, pero no fundan su orgullo en imitarlos servilmente."¹ Había que valerse del color americano propio a la literatura mexicana, ya que los que seguían los estilos extranjeros, especialmente el francés, muy en boga en aquel entonces, trataban de adoptar al suelo mexicano algo que pareciera base relacionada con lo mexicano. Siendo Altamirano redactor de "El Federalista", se detuvo en tres de sus "Bosquejos" para contestar a una señorita que le pidió al Maestro, su opinión sobre la poesía heroica que ella había escrito, usando temas medievales europeos. Después de sugerirle que cantara ella temas nacionales y que sus héroes principales fueran mexicanos, como habían todos los poetas del mundo cualquiera que fuesen el carácter de sus héroes y de su historia, prosiguió en el siguiente tono sarcástico para deslindar, de una vez, su opinión: "¿Qué viene a hacer a México la leyenda caballeresca de Europa? Cada país tiene su poesía especial, y esta poesía refleja el color local, el lenguaje, las costumbres que les son propios. ¿Cómo traer a México los castillos feudales que

1.- Ibid; pág. 15.

se elevan en las rocas y se pierden entre las nieblas; cómo evocar los recuerdos de hazañas que no se conocen, porque apenas se conoce su historia; cómo vestir a un caporal la armadura de acero bruñido y dar a un indio vendedor de guajolotes el aspecto de un escudero?"¹

Siempre preguntaba a los escritores mexicanos: ¿es necesario recurrir a tierras lejanas si hay un campo vastísimo de que pueden sacar con provecho el poeta, el novelista y el historiador para sus poemas, sus dramas y leyendas, sus estudios sobre la historia? En el fecundo pasado de México veía Altamirano un caudal de materia para la realización de la deseada literatura nacional. Desde los tiempos de los aztecas había sucesos excelentes sobre qué escribir en prosa y en verso: la Conquista, la vida bajo la dominación española, las guerras de independencia -abundantes en episodios dramáticos- la lucha contra la intervención francesa y el último imperio de México. Veía en la historia mexicana una mina inagotable que atraía las miradas llenas de interés de los viajeros ilustres que visitaban y conocían bien las ruinas de las civilizaciones indígenas pasadas. Sucedió que había un sinnúmero de publicaciones extranjeras concernientes a temas mexicanos de que debían valer-se los historiadores mexicanos. La leyenda de México yacía allí, un tesoro riquísimo ante sus propios ojos. Solamente tenían que tomar la pluma para pintar el hermoso paisaje de Anáhuac, sus lagos agradables, sus volcanes pintorescos, sus cam-

1.- "Carta a una poetisa", en "El Federalista"; 26 de junio de 1871.

pos fértiles, su vegetación maravillosa, todos poseedores de una atracción poderosa no sólo para el mexicano sino también para el extranjero.

Luego, el gran Maestro fija su mirada en los países vecinos de este hemisferio. Señala el ejemplo de los escritores sudamericanos como Andrés Bello, José Mármol, Esteban Echeverría y Jorge Isaacs, mostrando cómo cantan su América del Sur, sin imitar ni a los españoles, ni a los franceses. Ellos describen sus Andes, su Plata, su Magdalena, sus pampas, sus gauchos, sus guerras, sus paisajes y por fin, todo lo relacionado con su país natal. Según Altamirano, estos escritores han roto adrede todas las ligaduras de las reglas para crearse una lengua propia en que expresar sus pensamientos. La lengua, a propósito, debe reflejar la naturaleza, el espíritu y las costumbres de un pueblo y la lengua española castiza era, en su época, ya demasiado limitada para descubrir la naturaleza, el espíritu y las costumbres de los pueblos americanos. Desde una época temprana, por las mezclas de las razas, era inevitable que el idioma de las naciones mezcladas tomase un carácter peculiar, "sui generis."

Nos detenemos para analizar dichos autores y su papel en la literatura hispanoamericana para comprender mejor las ideas de nuestro autor.

Altamirano con sus deseos fervientes de crear una literatura propiamente mexicana era solamente una parte de la corriente poderosa que se deslizó por toda la América Hispana. Esa idea

viene bajo la inspiración casi directa del romanticismo francés. Los trastornos consiguientes a las luchas por la independencia crean el clima romántico en Hispanoamérica. Ya sabemos que el abolenjo hispanoamericano "per se" es un temperamento inclinado a sentimientos elevados. Las circunstancias que acompañan a la formación de las naciones nacientes favorecen su desarrollo. Las revoluciones americanas acaban por romper el orden político, jurídico y administrativo del régimen colonial y desatan nuevas fuerzas. Sigue una época de caos, de esfuerzos por restablecer el equilibrio que reemplace al que existió antes. Como resultado de esos sucesos se destaca uno de los rasgos propios del romanticismo, el nacionalismo sentimental. Es ostensible la razón: los hombres habían luchado por formar una propia nación que significara "para algunos, el destierro, un accidente común a su vida y a su formación, hasta el punto de llegar a constituir grupos tan definidos por esa circunstancia como el de los proscriptos argentinos. La visión de la patria embellecida por la lejanía y la nostalgia acendra el sentimiento patriótico; le confiere acento y unidad."¹ La esencia de todo nacionalismo es la diferenciación, la exaltación del espíritu del propio país y por consiguiente nace la idea de desarrollar las literaturas nacionales. Ahora, los escritores se dan cuenta de los aspectos inmediatos de cada pueblo, su psicología y su paisaje. Esta utilización del paisaje y de la emoción subjetiva estriba en las obras de

1.- Leguizamón, Julio A. - "Historia de la literatura hispanoamericana"; tomo I, pág. 472.

Rousseau, Maestro en este arte nuevo. Los nuevos escritores quieren mirar hacia el futuro, movidos por el entusiasmo del progreso ya que han creado cosas nuevas, ya que son recién nacidos, ya que tienen ante sí horizontes amplios. El odio a España nunca ha disminuído y tal vez se intensifica con la libertad. El famoso escritor argentino, Sarmiento aconseja a los americanos que olviden por completo a España que él considera un país bárbaro que no ha contribuído en nada a los varios ramos de la cultura universal.¹

Andrés Bello (1781-1865) creó una poesía original de la América del Sur, v.g. en su gran poema "Agricultura de la Zona Tórrida", uno de los mejores en cuanto a la descripción de la naturaleza americana. Altamirano ve en él una persona que no se vale ni de ascendientes, ni de maestros en la poesía europea y, sin embargo, usa una lengua poética de gran aliento. En sus estrofas recrea las regiones tropicales. Alcanza el colmo de la perfección artística al describir las frutas, las plantas y los árboles. En todos sus poemas se destaca la fuerte nota americana de color local, con referencias a las costumbres autóctonas y a las alusiones al pasado histórico del continente.

Considerando el segundo autor mencionado como ejemplo para los mexicanos, opina Altamirano que la originalidad se ve claramente en el poeta argentino, José Mármol, (1817-1871) especialmente en su "A Rosas". Nos explica su razón, diciendo:

1.- Torres-Rioseco, Arturo - "La gran literatura iberoamericana"; pág. 66.

"Sus versos vienen del huracán que agita las selvas de los Andes, del aliento destructor del Pampero, de la catarata de truenos de las tormentas americanas."¹ Clasifica la "Amalia" de Mármol como rival victorioso de las mejores novelas europeas. Aquí observamos el motivo autóctono y la pintura del paisaje. Esta novela intensamente popular, se inspiró, sin duda, en los relatos de Walter Scott, acentúa el carácter histórico y realista. El principal interés de ésta, que tiene que ver con los acontecimientos durante la dictadura de Rosas, estriba en que es la primera novela de la Argentina.

Esteban Echeverría (1805-1851) representa el precursor argentino del romanticismo sudamericano. Es el propio romanticismo francés -carácter que adquirió durante su permanencia en París- el que trae a las letras hispanoamericanas. Para él, el arte debe reflejar la vida y las costumbres de un pueblo. Con realismo, en su "Matadero", lanza un ataque contra la tiranía de la dictadura de Rosas, dándonos un cuadro dramático de la vida en sus tiempos. Echeverría reflexiona que cada nación tiene que crear una literatura arraigada en su propio país como lo hace en otros ramos de su vida. A fin de mostrar el propósito de Echeverría, tenemos que citar las siguientes palabras suyas "El espíritu del siglo lleva hoy a todas las naciones a emanciparse, a gozar la independencia no sólo política, sino filosófica y literaria, a vincular su gloria no sólo en libertad, en riqueza y en poder, sino en el libre y es-

1.- En pág. XVI del prólogo por Altamirano a "Pasionarias" de Manuel M. Flores, México, noviembre 25 de 1882.

pontáneo ejercicio de sus facultades morales, y, de consiguiente, en la originalidad de sus artistas".¹ Él desempeña un papel en la Argentina semejante al de Altamirano en México: la renovación de la literatura nacional basada en el progreso y la libertad. También como el Maestro mexicano, influye mucho en los escritores posteriores.

Finalmente, mencionamos a Jorge Isaacs (1837-1895), intérprete del paisaje colombiano, pintado con matices románticos. Hay bastante color local en su "María", donde nos da cuadros de costumbres y de la gente de su país. Altamirano juzga que esta novela sentimental del ilustre colombiano se vale de la verdad y evita el estilo afectado y académico. A su parecer, esta novela constituye una obra superior a la "Atala" de Chateaubriand. Esta obra de romanticismo francés, aunque tiene un ambiente muy semejante a la novela americana, no alcanza el sabor americano y la realidad en la descripción de los personajes y de la naturaleza. La "María" de Isaacs tuvo gran éxito en México desde su aparición allí en 1882.²

Altamirano juzga la novela un buen instrumento para la instrucción de las masas pues es una forma agradable y atractiva. Ella, con el periodismo, el teatro y otras formas de propaganda puede contribuir bastante a la mejoría de la humanidad. Menciona siempre la importancia de revelar y popularizar la historia de la patria y respecto de eso, la novela his-

1.- Leguizamón, Julio A.- "Historia de la literatura hispanoamericana"; tomo I, pág. 484.

2.- Altamirano - "Una polémica con motivo de la "María" de Jorge Isaacs"; Diario del Hogar, 27 de mayo de 1883.

tórica tiene la ventaja de hacer un gran servicio. Unas veces usa el buen ejemplo del inglés, Sir Walter Scott, afirmando que éste ha desarrollado la novela histórica en su bellísima forma moderna. Narra Scott las magníficas leyendas de su país. Pinta con mucha fidelidad las costumbres de varias épocas de Inglaterra, proporcionando de esta manera muchas horas agradables al lector, no sólo de su propio país, sino de muchos. En uno de los excelentes cuadros de la serie que publicó Altamirano en sus "Bosquejos" de "El Renacimiento" menciona a otro famoso escritor inglés, Carlos Dickens que cultivó un género que podría implantarse en México con gran provecho: la novela popular con la pintura exacta de las costumbres inglesas.¹ Se sirve de un estilo sencillo que no deja de ser elegante. Tiene como base de su obra la meta de mejorar las condiciones de los miserables.

Echando un vistazo al Norte, se encuentra con James Fenimore Cooper, quien desempeña un papel semejante al de Scott. Describe con pincel maestro, la fundación de las colonias europeas en su país, las guerras con los indios, sus héroes de la independencia. También hay la novela social de Harriet Beecher Stowe quien expresó sus ideas contra la esclavitud de los negros de los Estados Unidos mediante su "Cabaña del Tío Tom".

Modelos franceses siempre ejercen su influencia en las ideas literarias de Altamirano. Victor Hugo en sus "Los Miserables", Eugenio Sué en su "El Judío Errante" y otros han ex

1.- Altamirano - "Carlos Dickens. Su carácter, Sus obras". El Renacimiento, I. 66-68.

puesto sus doctrinas sociales concernientes a su país, convirtiéndola la novela en un órgano de propaganda, lo que debe realizar México también.

Ve la necesidad de despertar un interés en la literatura nacional de parte del público que era en aquella época poco lector. Como base de la falta de la cooperación social en este ramo de la cultura mexicana así como en la política, como en la agricultura, como en la moral, existe la obstrucción constante de la ignorancia popular. De todos modos tiene esperanzas en la capacidad de los escritores mexicanos de crear lo que anhela él, a pesar de la falta hasta sus días. Tiene esta advertencia para ellos: hay que tener la moral ante todo porque fuera de ella no hay nada más útil. Siempre contempla un fondo de virtud para extirpar la corrupción.

III. VELADAS LITERARIAS

"...Veladas Literarias que están siendo cada vez más interesantes, que están llamadas a influir poderosamente en el progreso de la literatura nacional, por tanto tiempo decaída y olvidada, y que renuevan para nuestra generación los días dorados de la Academia de Letrán y del Ateneo."¹

Mediante las Veladas Literarias de que Altamirano era el espíritu guador, la literatura mexicana alcanzó nuevos éxitos. Si duraron poco tiempo, tuvieron en cambio una influencia de largo alcance. Altamirano vió la gran importancia de establecer esas reuniones para atajar los síntomas de degeneración que surgían. Las veladas, que se realizaban los lunes, eran hermosas. Acudía una concurrencia numerosa a escuchar las discusiones entre los distinguidos literatos de la época.

Fué Luis Gonzaga Ortiz, estimable poeta y amable narrador, el que tuvo primero esta idea de las tertulias para útiles expansiones del espíritu en lugar del mero recreo del ánimo. Luego dos o tres hombres de letras -Altamirano entre ellos- acogieron la idea con entusiasmo. Con motivo de la lectura de una comedia de Enrique de Olavarria, Ortiz invitó a algunos amigos para escucharla y hacer las observaciones que creyeran justas. Figuraron entre los que asistieron, Facundo (José T. de Cuéllar), Manuel Peredo y nuestro autor. Esta lectura se verificó en una de las noches del último tercio de noviembre de 1867. A los pocos días tuvo lugar otra reunión, esta vez,

1.- Altamirano - Revista de la Semana en el "Siglo XIX"; el 7 de enero de 1868.

a propósito de la llegada de Guillermo Prieto a México. Este presentó unos cantos suyos.

Así sucedió que una iniciativa lanzada por Ortiz y Cuéllar, de establecer las reuniones semanarias, recibió la buena acogida de todos. Sin embargo, no tuvieron el propósito de organizar un club, que iba a tener el carácter grave y seco de una academia, sino una reunión familiar sin reglamentos, ni obligaciones. De esta manera se dió lugar a la libre expresión de sus pensamientos y también, a que se pudieran introducir nuevas ideas en las reuniones.

La quinta Velada Literaria que se celebró el lunes 20 de enero, de 1868, en la casa de Joaquín Alcalde, fué una de las mejores. Muchos poetas renombrados acudieron, entre ellos Guillermo Prieto, Joaquín Téllez, José Rivera y Río, Juan Pablo de los Ríos, Manuel Peredo, José T. de Cuéllar, Luis G. Ortiz, Ignacio Ramírez y dos socios nuevos Justo Sierra y Valentín Uthink. En aquel entonces, Justo Sierra, era un joven estudiante de leyes. Llano de entusiasmo, vino a buscar a los miembros de la sociedad, para conseguir su ingreso. Leyó una composición suya en versos alejandrinos, "El Canto de la Hada", que se recibió con gran elogio del auditorio. Altamirano, Maestro de Justo Sierra, vió un gran futuro para éste en el mundo literario. El otro neófito, crítico precoz, de un fondo clásico, fué el primero que introdujo la prosa en la tertulia. Despertó la admiración de Altamirano, quien siempre deseaba la presentación de nuevos temas.

El Maestro invitó a sus compañeros para la segunda tertulia literaria. Se verificó el día 4 de diciembre de 1867 en un saloncito bello y confortable de su casa. De ninguna manera se veía el lujo sino la hermosa sencillez del hombre de genio y de talento. Entonces se distinguió Nacho Altamirano recitando sus poesías "con todo el ardor, la riqueza y la exuberancia de los hijos del Sur, cantándonos el Atoyac, los mameyes, los manglares, los naranjos en flor, transportándonos a su edén con sus flores, sus aves, sus fuentes y su cielo..."¹ Otros tomaron parte. Además, había música y como en la primera reunión, había vino, espumoso champagne, humeante ponche, pasteles y confituras, oportunos brindis, cuentos y dichos alegres que completaban en conjunto una noche deliciosa. Allí también acordaron la publicación semanal de las poesías y artículos leídos en cada una de las sesiones. Se le dió el título apropiado de "Veladas Literarias".

Siguieron varias reuniones de lujo que condujeron, sin duda, a la extinción de esas Veladas Literarias, pues todos los que querían honrarse llevando la reunión a sus casas temían parecer pobretones y quedar en ridículo.² Aumentaba el número de los concurrentes y siempre se esperaban mesas bien cargadas de licores y alimentos; lo cual pocos podían costear.

Alfredo Chavero y Juan Mateos iniciaron valientemente la vuelta a la sencillez que reinaba en las primeras sesiones.

1.- "Las Veladas Literarias" - Olavarria y Ferrari, Enrique de, Revista de Revistas, 15 de octubre de 1916, pág. 10.

2.- *Ibid.*

Por consiguiente invitaron unidos a los socios en la casa de aquél. No tuvieron mucho éxito en su propósito durante esa noche que se pensó hacer más hincapié en la literatura y menos en la suntuosidad de la mesa. Siguiéron tres Veladas elegantes en la casa de Ignacio Ramírez, en la Casa Pompeyana de Schiaffino -donde se prolongó el festín por primera y única vez hasta las seis de la mañana siguiente -y la última en la casa de Riva Palacio.

Al mediar 1868, viendo Altamirano que aquel lujo perjudicaba el mismo motivo de la organización, con mucha habilidad procuró la suspensión de las Veladas Literarias. Los socios pobres no pudieron competir con los ricos que solían gastar en aquellos obsequios quinientos y aún mil pesos por noche, suma grande en aquella época.

El valor incalculable de esas reuniones no se puede negar. En casi cada reunión había el ingreso de algún escritor distinguido como en la segunda que ya mencionamos. Aquellos literatos quisieron brillar ante la concurrencia, e impulsados por ese deseo, compusieron muchas excelentes composiciones que tal vez no se hubieran hecho de otra manera. Las Veladas Literarias de 1867-1868 iniciaron un movimiento literario e intelectual de proporciones notables. Contribuyeron su parte valiosa al renacimiento de las letras mexicanas. Sin embargo, aunque terminaron formalmente las Veladas Literarias, por estímulo de Altamirano -siempre al tanto de la situación- no se disolvió el grupo de escritores. El centro de otras sesiones

fué, naturalmente la casa del Maestro Altamirano. De esas Veladas Literarias brotó la idea de la gran revista literaria, tal vez la mejor del siglo pasado, "El Renacimiento". Constantemente había buena amistad entre los amigos de la tertulia y sus miembros siempre recordaban, pasados los años, ese grupo tan fecundo de la juventud. Tenemos que estar de acuerdo con nuestro autor, quien, contemplando la sociedad con gran visión, declaró: "De ese santuario -Veladas Literarias- saldrán de nuevo otros profetas de civilización y de progreso que acabarán la obra de sus predecesores."¹

1.- Altamirano - Obras completas; tomo I, México, 1889, -
pág. 369.

IV. ALTAMIRANO NOVELISTA

"La "Clemencia" de Altamirano es la primera manifestación de la toma de posesión de nuestra personalidad íntegra en el campo de las letras. De ese libro arranca la formación de nuestra literatura novelesca nacional propiamente dicha."¹

A. Estado de la novela mexicana antes de Altamirano

Ignacio Manuel Altamirano ya había señalado el rumbo que debía seguir la novela en sus "Revistas Literarias" (1868) y mediante artículos en el "Renacimiento" y en otros periódicos y revistas. (Véase capítulo II) Era un maestro que quería dar ejemplos concretos de sus enseñanzas como cualquier buen maestro que lo es en todo el sentido de la palabra. En el mismo "Renacimiento", aparece su primera novela, "Clemencia", que publicó por entregas. Se puede afirmar que esta es la primera novela mexicana que merece verdaderamente esta clasificación del punto de vista artístico. Dice Alberto I. Altamirano sobre eso: "Jusqu'à 1869, date à laquelle "Clémence" fut imprimé dans la revue "La Renaissance", on n'avait écrit au Mexique aucun roman d'une véritable valeur littéraire".²

Vamos a estudiar un poco la novela mexicana hasta la aparición de dicha obra para desarrollar esta opinión.

La novela mexicana apareció por primera vez en el Siglo XIX. En la época colonial no existió por la prohibición dic-

1.- Luis Castillo Ledón - "La novela mexicana"; El Diario, 28 de octubre de 1907.

2.- Altamirano, Alberto I.- Influence de la Littérature française sur la Littérature mexicaine"; pág. 50.

tada desde los tiempos de los Reyes Católicos respecto de la importación a la América, de libros de imaginación, aunque una que otra novela de esta clase pasó como el "Amadís" y "Guzmán de Alfarache" entre otras. Además, la sociedad nueva formada en la colonia ultramarina no estaba lista para asimilar las letras españolas del siglo de oro, mucho menos para crear su propia literatura. Refiriéndose a la gente de esa época, dice Gamboa: "Sabía deletrear malditamente en su lengua y desconocía las extrañas; carecía de preparación y libertades, de gusto y criterio. Y la novela es exigente, sólo aclimatase y medra en las civilizaciones hechas ya; sobre que en sí misma es la suprema florecencia de una civilización."¹ No se había publicado una novela de este género -de los libros de caballerías- u otro hasta el advenimiento de "El Periquillo Sarniento" escrito por Fernández de Lizardi (1774-1827).

"El Periquillo" es nada más que una novela picaresca que no puede valerse del pícaro español ya que el ambiente es distinto. El Pensador retrata el mestizo, producto de la mezcla de dos razas, el que revela toda su personalidad en una larga serie de aventuras. En esta novela y en las dos otras que escribió Fernández de Lizardi, "La Quijotita y su prima", y "La vida y hechos del famoso caballero don Catrín de la Fachenda" notamos pícaros mexicanos de ambos sexos. Para escribirlas, se valió de un estilo empapado en ironía, mientras hacía el papel de reformador.

1.- Gamboa, Federico - "La novela mexicana", México, 1914, pág. 6.

Las obras, a las cuales aludimos, presentan un cuadro amplísimo de los varios tipos que existían en la época del Pensador Mexicano. Además, nos descubren las ideas del autor sobre las costumbres, la educación, la religión y la política, ya que se detiene a menudo, para poner sermones en las bocas de los caracteres. Sus escritos se ven impregnados de la influencia de los escritores franceses del Siglo XVIII, y particularmente observamos el influjo fundamental de Juan Jacobo Rousseau, v. g. las ideas que expresó éste respecto de la educación que encontramos en "Emilio" y en "Nueva Eloísa". Constantemente hay reflejos románticos, cogidos de sus modelos, reflejos que incluyen lo sentimental, retorno a la naturaleza y fe en la bondad innata del hombre.

Sin embargo, ya hemos opinado que, aunque en la forma ostensible de una novela, las obras de Fernández de Lizardi, en su totalidad, carecen de la estructura artística que debe poseer una novela en toda la acepción de la palabra. Debemos observar que sus propósitos eran exponer las malas condiciones de su tiempo, a fin de mejorarlas. Así es que rara vez, se preocupó del estilo y de las bellezas de forma. Siempre iba él en derechura a su objeto.

Después lo que vino en el campo de la novela fué bien pobre. El género que se llamaría más tarde folletinesco y que floreció principalmente en la novela por entregas, se puso de moda. La naturaleza de esta clase de novela implica "per se" aventuras sensacionales que dejan en suspenso el ánimo del leg

tor, a cada torno, lo que se vió claramente en muchas películas nacidas en Hollywood en la primera etapa de su desarrollo. Caben en este género, "El fístol del diablo" y "Los bandidos de Río Frío", que publicó Manuel Payno, (1810-1894} la primera en 1845.

Como El Pensador, pinta Payno tipos y costumbres de la época, mas no le preocupa moralizar como aquél sino interesar al lector con sus relatos fantásticos, muchas veces, llenos de horror, de crímenes y otras veces abundantes en un humorismo raro en los anales de la novela mexicana. No obstante, como observamos al analizar el carácter de los escritos de Fernández de Lizardi, vemos esta semejanza: Manuel Payno carece de proporción y medida y nunca quiere molestarse, empleando el pulimiento del estilo que caracteriza al novelista.

Fernando Orozco y Berra (1822-1851) ensayó la novela romántica. Ya hemos notado la afluencia del romanticismo en las obras de los dos autores anteriores. Entre las novelas de Orozco y Berra, "La guerra de treinta años" (1850), alcanzó mucha popularidad. Descubre los amorosos lances del protagonista -quizá es el autor mismo, según el juicio de muchos- durante los primeros treinta años de su vida. Abunda en filosofía barata que formula el protagonista, después de treinta años de lucha con las mujeres. Refiriéndose a la mencionada novela, opina González Peña: "Está escrita en prosa llana y desaliñada; y, sobre no tener originalidad relevante al asunto, al desarrollarlo peca el novelista de nimio, insulso y tedioso. La

obra asume carácter autobiográfico. Los lances que contiene acaecieron de verdad, en lo esencial; las enamoradas que allí aparecen, fuéronlo del autor."¹

La Musa de Juan Díaz Covarrubias (1837-1859) prometía buen éxito en la novela cuando desgraciadamente se cortó su vida antes de que cumpliera 22 años. Violando las leyes de la guerra, los enemigos de la causa liberal fusilaron, en abril de 1859, a este joven autor que había prestado sus servicios como practicante de medicina a las fuerzas que luchaban por la libertad del país. Lo hicieron sin darle permiso siquiera para escribir a su familia y para confesarse con un sacerdote. Posibilidades de un buen novelista se observan en este nacionalista, posibilidades que sólo carecen de madurez para alcanzar fama. También se ocupa de temas amorosos, que presentan un sello netamente romántico. Se expresa en un estilo castizo, espontáneo y sencillo. Sus descripciones son vívidas, sus diálogos son amenos.

Encontramos dos escritores más en el campo de la novela, Florencio M. del Castillo (1828-1863) y Luis G. Inclán (1816-1875), antes de llegar a la época en que aparece "Clemencia". Aquél cultiva la novela corta y el cuento. También muestra su romanticismo, presentando las pasiones humanas en sus formas diversas. Es demasiado sentimental en su instinto dramático y carece de vena novelesca por los barbarismos que usa en su lenguaje y por la falta de simplicidad y de la espontanei-

1.- González Peña, Carlos - "Historia de la literatura mexicana"; pág. 237.

dad que posee, en sumo grado, Covarrubias.¹ Luego nos detenemos con Luis G. Inclán, que carece por completo, de un fondo literario. Escribe solamente una novela prodigiosa, "Astucia" (1865), en que, revelando su carácter intensamente nacionalista, pinta paisajes, escenas y costumbres, abundantes en color local. Por toda la obra se destaca su simplicidad tosca, pero sincera. Como novela desde un punto de vista literario es muy discutible; pero sí nos da un cuadro extenso de la vida rural de México en aquel entonces.

Por fin, nos detendremos para echar un vistazo a la obra de Don Vicente Riva Palacio (1832-1896), hombre que ocupó puestos elevados en la lucha por la libertad de su país. Casi toda su obra novelesca se produce entre los años 1868 y 1870, siendo "Calvario y Tabor" y "Martín Garatuza", sus obras más notables. Es él, quien cultiva la novela histórica, buscando en los archivos del pasado y echando mano de sus propios recuerdos de sus aventuras en la guerra contra el Imperio y los franceses para recoger los temas de que se sirve. Influye tanto en él como en los otros novelistas que se han mencionado, el romanticismo de Sir Walter Scott, Victor Hugo y en su propio caso, Alejandro Dumas, más que los otros europeos. También como sus precursores, utiliza las costumbres y el ambiente puramente mexicanos, recurriendo muchas veces a los siglos XVI y XVII. La meta de Riva Palacio es divertir, entretener, con sus relatos folletinescos sin realizar un dibujo psicológico de sus personajes, ni una fiel reproducción del ambiente de

l.- Ibíd; pág. 261.

la época que es el fondo de sus obras.¹ Las narraciones son agradables, están escritas en un estilo fácil; pero es evidente la falta de la estructura literaria que debemos hallar en una novela verdaderamente literaria.

B. "Clemencia".

Cuando aparece Ignacio Manuel Altamirano en la escena, produce la novela que señala un nuevo rumbo que va a seguir este género en la literatura mexicana. Con mucha razón dice Castillo Ledón que si Lizardi se considera como creador de la novela mexicana, Altamirano es el primer reformador.² Todavía no dejan de sentirse los influjos extranjeros aún en las novelas del Maestro. A pesar de la intervención francesa y la tremenda lucha contra los invasores, los escritores aceptan el espíritu que reflejan los románticos franceses.

Como los que le han precedido, es costumbrista. Empero sabe pintar los paisajes y los caracteres y todo lo que tiene que ver con el color local, con un sentido enteramente artístico. La trama con él tiene unidad y proporción. Junta los sucesos, antes escritos con falta de orden y sobriedad. Desarrolla bien el argumento, formando una cadena de acontecimientos que se suceden lógicamente hasta que llegan al clímax y el desenlace final. Se esfuerza por emplear la psicología en el dibujo de sus personajes y unas veces tiene buen éxito en sus tentativas como veremos más adelante.

1.- Jiménez Rueda, Julio - "Letras Mexicanas en el Siglo XIX"; pág. 110.

2.- Castillo Ledón, Luis - "La novela mexicana"; El Diario, 28 de octubre de 1907.

Vamos a profundizarnos en la obra novelesca de nuestro autor comenzando con "Clemencia". He aquí la trama de esta obra viva y apasionada:

La acción tiene lugar durante la invasión francesa a fines de 1863. Las fuerzas nacionales llegan a Guadalajara en su retirada frente a las fuerzas francesas. En el ejército mexicano hay dos escuadrones bajo el mando de dos comandantes: Enrique Flores y Fernando Valle, dos tipos completamente opuestos. Aquél es joven, de una buena familia, gallardo, guapo, rubio y extremadamente simpático. Es irresistible para las mujeres. En cambio, el comandante Fernando Valle es raquíptico, endeble, moreno, taciturno, severo y riguroso con sus inferiores, económico, reservado, frío y antipático para todo el mundo. De todos modos muestra un corazón valiente ya que empieza en el ejército como soldado raso en las filas en el año de 1862 y luego asciende rápidamente.

Allí en Guadalajara los dos comandantes encuentran a Isabel, prima de Valle y a Clemencia, buena amiga de la prima. Las muchachas también son diametralmente opuestas, respecto a sus personalidades. Isabel es blanca y rubia como una inglesa, de ojos azules, puros y tiernos, de boca encarnada. Clemencia es morena y pálida, como una española, de ojos negros y de boca sensual.

Valle y Flores se ponen de acuerdo después del primer encuentro: Fernando va a hacer el amor a su prima y Enrique a Clemencia. Empero, en el segundo encuentro, cuando se nota

que Isabel se interesa más en el guapo Flores y Clemencia tiene sonrisas sólo para Valle, cambian de propósitos. En realidad, sabemos que las dos señoritas sienten la gran atracción de Enrique. La idea de éste en cuanto a las mujeres se parece a la de Don Juan Tenorio, lo cual observamos en su lema: "Tiene uno que engañar o que ser engañado". En cambio, Valle cree que el amor es uno de los grandes objetos de la vida, algo serio e importante.

La acción llega a ser más rápida poco antes de la salida de Guadalajara de las tropas mexicanas. El comandante guapo trata de seducir a Isabel y ella lo rechaza definitivamente. El carácter de Flores se revela más en una fiesta de Navidad en casa de Clemencia. Fernando se fija en ciertas inteligencias entre su pérfido amigo y Clemencia, y además, espiando a los dos, se da cuenta de que Clemencia corresponde al amor de Enrique. La tentativa de parte de Valle de retar a su compañero fracasa por órdenes del coronel.

Entretanto las familias de Isabel y Clemencia abandonan la ciudad. Huyen de los franceses. Valle ayuda a estas familias cuando tienen dificultades con su carruaje, pero no revela su identidad. Creen que el benefactor es el otro. Enrique, sabiendo que Fernando había abandonado su tropa por unas horas para hacer eso, pero sin saber porqué, denuncia a éste como traidor. Al fin, Valle se disculpa y resulta que Flores es el traidor, que ha tenido contacto con los franceses. En el tribunal militar reunido en Colima, Flores es condenado

a ser fusilado.

Todavía casi todos ignoran la buena hazaña del comandante taciturno, Fernando Valle. Clemencia, una de ellos, corre por Colima como una loca buscando los medios de salvar a su amante. Fernando no puede soportar el sufrimiento profundo que causará la muerte del traidor en el alma de la mujer que todavía ama. Por consecuencia él salva a Enrique pohiéndose en el lugar de éste y acaba por morir, fusilado. Enrique hu-ye al lado de los franceses y Clemencia después de averiguar todo, rechaza a Enrique y se convierte en hermana de la Caridad.

Al estudiar los personajes de esta obra no podemos menos de estar completamente conformes con la opinión expresada por Alberto Altamirano. Dice: "Les personnages sont de véritables antithèses d'accord avec le procédé si cher à Victor Hugo... Les personnages sont plutôt des symboles que des réalités, ils personnifient des vertus et des vices, des classes sociales, des époques, où des races"¹ Fernando Valle e Isabel, su prima, siempre actúan bien, Clemencia, la mujer apasionada, varía mucho pero acaba por arrepentirse y ser una mujer respetable y el último personaje principal, Enrique Flores, es el villano inalterable. Sin embargo, sí consideramos, y con razón, que sus tipos y caracteres están idealizados, lo cual se debe al noble idealismo del Maestro. Tenemos que agregar que se establece Altamirano como observador perspicaz y con su psico-

1.- Altamirano, Alberto I. - "Influence de la Littérature française sur la Littérature mexicaine"; pág. 51.

logía verídica, nos los presenta como personajes de la vida real.

Enrique Flores es el tipo de esos egoístas superficiales y jactanciosos que se creen irresistibles, que tienen el derecho de andar conquistando a mujeres sin sentir ningún remordimiento. Más tarde, tiene que narrar la larga historia de sus conquistas amorosas para inflar más su yo. La única cosa que busca en la vida es recibir deleite personal sin corresponder. A fin de hacer eso, engaña a todo el mundo, valiéndose de cualquier ardid. Detrás de la figura ostensiblemente gallarda existe la cobardía infinita que necesita este disfraz externo para encubrir un defecto tan básico en su espíritu. Ante la muerte, se revela la verdadera alma traicionera de Enrique Flores, pues, sin tener fe en nada, no sabe dónde buscar el aliento necesario para despedirse tranquilamente de este mundo. Dice Altamirano, ofreciéndonos una excelente descripción psicológica del Enrique medroso: "Tenía los cabellos erizados y los ojos fuera de las órbitas. Mil visiones mentidas anunciaban que su cerebro era presa del delirio. Ora veía abrirse la tierra y ofrecerle el escondite seguro de un subterráneo, ora se abría la pared y daba paso a un genio bienechor que le conducía afuera, ora el techo se levantaba para dejarle salir, y se sentía que convertido en ave, huía, hendiendo los aires, lejos de aquella ciudad maldita".¹

1.- Altamirano, Ignacio M. - "Clemencia", México, 1944, págs. 205-206.

Una fuerza dinámica de su modo de ser es la ambición que falta de escrúpulos. Constantemente quiere subir, siempre la ambición efervescente constituye su principal ímpetu en su adelante, a costa de los que lo rodean. Realiza su propósito sin pensar en las consecuencias, sin sentir los tormentos de la conciencia. Nunca cambia su carácter, pues lo vemos al fin de la novela, ahora coronel de un cuerpo de caballería francesa, siguiendo sus costumbres invariables, flirteando con las hermosas muchachas.

Como ya hemos dicho, Fernando Valle representa una alma completamente opuesta a la de Enrique Flores, en cuanto a su personalidad y a su modo de pensar. Valle revela un comportamiento de tipo introvertido. Al conocer a las dos muchachas, se vuelve casi mudo por el poco trato que ha tenido con las mujeres. Además, debido a la conducta elegante de Flores, que eclipsa su figura triste, se siente mucho más incapaz y le invade el temor de no ser aceptado por ninguna de las dos. Descubre su corazón a Clemencia, narrando su triste condición, diciendo que siempre ha llevado una vida solitaria y desdeñada, y que ella es la primera persona que parece aceptar su amor en todo el camino obscuro y maldito que ha seguido.

Demuestra Valle un espíritu romántico, abundante en una melancolía arraigada. Una vez cuando todos están en casa de Isabel, al oír la música que flota por el aire del salón, huye por unos minutos efímeros de la compañía. Su mirada se aparta de los que están allí, atraviesa la ventana del salón y

se fija en el cielo azul, su alma entera entristecida indudablemente por el sentimiento de sus tormentos pasados.

Fernando tiene una idea pura del amor y de la mujer. Nunca pierde su amor a Clemencia, a pesar de la infidelidad de ésta, y al fin, cuando cree que Clemencia sufriría mucho al morir Enrique, Valle hace el sacrificio supremo, sin vacilar en su determinación. Camina hacia la muerte con paso seguro y firme, su cuerpo recto, con orgullo, la mirada serena y con una leve tristeza en la sonrisa.

El patriotismo de Valle no estriba en la ambición personal sino en una fe incommovible en la independencia inevitable de su país. No le importa la muerte porque puede morir con la esperanza de que tarde o temprano, triunfará la República. Su espíritu altruísta únicamente sabe obrar bien, un rasgo tan caro al autor.

Altamirano traza bien el carácter de sus mujeres, especialmente el de Clemencia. Atribuye una alma salvaje, primitiva a la bella morena. En una de las mejores escenas de que se vale el autor para descubrir el carácter de sus personajes, nos ofrece un vislumbre claro en las profundidades de la fuerza vital de Clemencia. Ella se nos revela por la música que toca, una música apasionada, violenta, de un ritmo primitivo. Relata nuestro autor: "Ella necesitaba música enérgica para traducir los sentimientos de su alma ardiente y poderosa. Necesitaba el desorden, la inspiración robusta y atrevida, el delirio en la armonía".¹

1.- Ibid; págs. 82-83.

No residen inhibiciones en el ánimo de Clemencia. Si desea obtener algo, no espera sino que se sirve de estratagemas. Cuando ella trata de atraer el amor de Enrique no le importa nada el que esté mofándose del amor sincero que Fernando le muestra a ella. Provoca a éste hasta que el engaño se descubre. Sin embargo, a diferencia de Flores, Clemencia, al saber las acciones abominables de éste, sí cambia de parecer, y el antiguo amor que tuvo a Flores se convierte en desprecio. En balde se esfuerza por salvar a Valle y termina por arrepentirse. Es poseedora ella de una mente vigorosa y en ese sentido, se parece más a Fernando Valle que al otro oficial.

El último personaje de que vamos a tratar es Isabel, una mujer más dócil, más sensible, que su amiga. Su alma es más pacífica, menos atrevida. Mientras Clemencia toca una música tempestuosa, ella hace oír melodías suaves, tiernas, románticas. Nunca toma la iniciativa como hacen las mujeres del tipo de Clemencia, sino que es capaz de guardar un amor secreto, esperando el momento en que venga un príncipe, que se ponga de rodillas y declare su amor que le tiene a ella. Ella rechaza precipitadamente a Flores cuando éste trata de violarla. En cambio, una clase de mujer como Clemencia, tal vez acceda a las insinuaciones de Enrique, ya que lo apetece. En Clemencia pasa la pasión amorosa y en Isabel, siempre queda su amor a Flores, lo cual revela ella al acompañar a su amiga a visitar a Fernando mientras éste vigila al traidor.

Esto sucede mucho después de la seducción intentada que fracasa. Es de un espíritu débil que se parece al de Enrique.

Además de ser buen pintor de personajes, Altamirano nos ofrece excelentes descripciones de los paisajes mexicanos. Introduce un nuevo elemento: la perspectiva como vemos bien en los dos capítulos "Guadalajara de lejos" y "Guadalajara de cerca". Primero nos encontramos con una bella descripción de cómo parece la ciudad a los que están afuera y nunca la han visto antes. Luego nos acercamos a "la reina de Occidente" y de cerca, conocemos los habitantes y nos fijamos en la amabilidad de la gente de Guadalajara, los cuales quieren que el extranjero encuentre el placer en todas partes. Es un cuadro hermoso el que nos presenta el autor de esta ciudad durante la estación de lluvias, cuando todo cambia de aspecto: "El cielo parece siempre entoldado por nubes sombrías y tempestuosas; la cordillera no se distingue en el horizonte oscuro; la ciudad se envuelve en un manto de lluvia; silba el viento de la tempestad, en la llanura desierta; se estremece el espacio a cada instante con el estallido del rayo y el valle todo aparece magníficamente ceñido con una corona de tormentas".¹

El espíritu romántico prevalece en toda la novela. Notamos la influencia de los cuentos sentimentales de Hoffman (véase el primer capítulo de "Clemencia") tan en boga durante la época de Altamirano. Muestra su afición a la nueva escuela.

1.- Ibid; pág. 34.

la alemana que comprende cuentos que, aunque no son muy originales, sí tienen un sentimiento exquisito.¹ La melancolía de Fernando Valle contamina toda la acción, todos los acontecimientos. Tiene éste una personalidad que le lleva a la destrucción. El ambiente total está impregnado de una tristeza fundamental, considerando el hecho propio de que la ciudad de Guadalajara se encuentra amenazada por invasores forasteros. La última Navidad está destinada a terminar en desgracia ya que todos piensan en abandonar su querido hogar. En efecto, pasa así, y se acaba el baile al descubrir Fernando que Clemencia le ha traicionado. Altamirano hace que el valiente Valle se caiga "desplomado sobre una silla", una acción romántica por completo. Otro sabor romántico que se nota es el descubrimiento que, después, de haber gastado el padre de Clemencia la mitad de su fortuna a fin de conseguir el indulto para Enrique Flores, Fernando Valle ya ha cambiado el sitio con aquél y está condenado a la horca; en otras palabras, resulta un sacrificio inútil.

Rara vez deja Altamirano de mencionar unas ideas suyas sobre la mexicanidad en la cultura del país. Al describir la capital de Jalisco, se desvía del tema para señalar la mala influencia que es resultado del contagio con las costumbres extranjeras. Si los autores mexicanos no siguen los usos arraigados en el país opina que impiden el desarrollo de la

1.- Altamirano, I. M. - "Revistas literarias de México"; pág. 39.

poesía y la novela.¹

C. "El Zarco"

En el año 1886, por primera vez fueron leídos por su autor, los primeros capítulos de esta novela, en una velada literaria del Liceo Hidalgo. Fueron recibidos con gran interés por el auditorio, debido a su magnífico don de oratoria, y al asunto que trataba: vivos episodios de la vida mexicana. Además de ser una bella novela, escrita en prosa nítida y castiza, puede considerarse como un documento histórico sobre las hazañas de los grupos de bandidos que infestaron la región de Yautepec -hoy el Estado de Morelos- poco después del establecimiento del gobierno de Juárez en la ciudad de México.

Antes de comenzar la narración y la crítica de esta obra, tenemos que contar un incidente interesantísimo acerca de la manera como se escribió. Así penetramos más a fondo en la mente y en la esencia de Altamirano. Sabemos que el Maestro era hombre de recia cultura, hombre que quería romper las tradiciones del pasado que impedían el progreso de su patria. No era supersticioso por completo, pero tenía innata una superstición, la del número 13. Una de sus frases favoritas era "En 13 nací, en 13 me casé, en 13 he de morir". Se hallan referencias a esto en todas partes.

Hacia 1885, Altamirano ya había terminado los últimos renglones del duodécimo capítulo de "El Zarco", pero no pudo

1.- Altamirano, I. M. - "Clemencia", México, 1944, pág. 41.

comenzar el siguiente. Decidió dar una vuelta con un discípulo suyo, Gonzalitos (Luis González Obregón, el que escribió la biografía de Altamirano). Salieron del salón en que trabajaban y fueron a la Alameda. Mientras estaban allí, los alcanzó un mozo del edificio que acababan de dejar. Les avisó que se había caído el techo en el escritorio donde estaban antes.

Ya podemos adivinar el resultado. Después de este acontecimiento, Altamirano dejó pendiente su novela y no habría concluido la obra si no le hubiese acontecido otro suceso en febrero de 1887. El gran Maestro, que tanto había hecho para el adelanto de México, se encontró en aquel entonces, sin bastante dinero para comprar un regalo que quería dar a su esposa en el día de su santo. A fin de conseguir lo que le faltaba, se avino a continuar y terminar la novela a trueque de recibir su pago adelantado: la fantástica suma de 200 pesos.

Sin embargo, no fué tan sencilla la cosa. Terminó "El Zarco" solamente después de un procedimiento harto complicado que expone tan bien el conocido crítico y autor, Carlos González Peña, quien encontró el manuscrito original en la biblioteca de González Obregón y de esta manera pudo deducir lo siguiente:

"Habiendo terminado el XII, en la cuartilla 122, rotuló con el mismo número XII el capítulo que empieza en la cuartilla siguiente y termina en la 159. Saltando el XIII, numeró el capítulo XIV en la cuartilla 160. Terminada la obra probablemente volvió atrás: al número XII, le agregó un "palito" con lo

que hizo quedar en XIII. En la cuartilla 143 y dividiendo en dos el capítulo, entrerrenglonó la cifra X^{IV} -allí mismo aparece un X^{III} tachado- completándolo con este nombre: "Pilar". Tachó en susodicha cuartilla 160 el primitivo número XIV y escribió en lugar de este XV... con lo que quedó numerada ordenadamente la novela toda en sus capítulos sucesivos, y el autor a salvo del temido y terrible número 13."¹ Terminó, por fin, la obra en 1888 pero no se publicó sino hasta 1901.

He aquí la trama de "El Zarco", la cual muestra la madurez del autor al compararla con "Clemencia":

En agosto de 1861, estamos en Yautepec, en época de peligro, por los asaltos de los bandidos, las matanzas, los raptos y los incendios. Todavía no ha concluido la guerra civil y el país se halla en una condición caótica. Los partidarios de una pandilla de éstas, formadas de bandidos crueles y brutales, se llaman plateados, por los adornos de plata que llevan en sus vestidos y en sus caballos. Grandes partidas pueden recorrer la comarca, considerando que el país está dividido por la lucha interna.

Una vez en Yautepec, nos encontramos con dos muchachas de personalidades distintas. Una es Manuela, muchacha rubia, de veinte años, que tiene ojos oscuros, cara bonita y facciones finas. La otra es Pilar, dos años más joven, morena, de grandes ojos oscuros, de trenzas negras y que siempre tiene un aire de tristeza. Esta es la ahijada de doña Antonia, madre de l.- González Peña, Carlos - "La historia de El Zarco"; El Universal, 10 de enero de 1926.

Manuela.

Cerca de Yautepec, en la hacienda de Atlihuayán, vive el herrero indio, Nicolás, quien ama a Manuela sin ser correspondido. Él no tiene una buena educación, pero gana mucho como maestro principal de la herrería. Por ser un indio provoca el odio que Manuela tiene a Nicolás. De todos modos, éste, de cuerpo alto, esbelto y bien proporcionado, es un hombre de respeto.

Una noche de lluvia y de viento, Manuela, fascinada por la vida aventurera del Zarco y su pandilla, huye con el bandolero renombrado, llevando todo el tesoro de joyas que le ha regalado su amante. La pobrecita de su madre muere poco después de la fuga, completamente abrumada por el dolor. El valiente Nicolás trata de efectuar el rescate de Manuela pero el comandante, temeroso de la tropa federal, lo manda a la cárcel por haber sugerido el uso de las fuerzas nacionales. Allí, Nicolás averigua que se ha equivocado en cuanto a su amor, ya que Pilar se esfuerza por ayudar al indio.

Con la ayuda de los oficiales de Yautepec y otros amigos, Nicolás logra su libertad. Él, con las fuerzas de la autoridad ataca la madriguera de los plateados y después de una tremenda lucha gana el herrero. Pierden los bandidos y mientras los llevan a Cuernavaca para ser juzgados, otro grupo de plateados libra a los presos en un paso estrecho.

Por fin, Nicolás se casa con Pilar. Van a la hacienda de Atlihuayán y mientras estén en un bosque cercano, encuentran

a las fuerzas de Sánchez Chogollan, otra vez con los plateados y sus líderes en su poder. Chagollan es un campesino que ha reunido un grupo de valientes para combatir la ola de bandolerismo. Los novios ven que las fuerzas de la justicia están a punto de ahorcar al Zarco y a un jefe suyo, El Tigre. También encuentran a Manuela, dispuesta a morir con el Zarco. Ahorcan al Zarco después de irse los novios y Manuela cae al suelo, muerta. Así termina la narración, trágicamente.

Altamirano narra con soltura esta historia que contiene muchos sucesos y personajes reales. Martín Sánchez Chagollan es una figura basada en una persona que existió y es un ejemplo de muchos que desempeñaron semejante papel. La existencia de los plateados no es algo imaginario durante aquella época de turbulencia. También, el autor introduce a Juárez, quien se encuentra muy interesado en la extirpación de los bandidos, y para hacerlo, ayuda a Chagollan con armas. Al describir los hechos, Altamirano apela a sus experiencias de la vida militar y política y a sus correrías por las regiones del Sur. Ahora, con esta obra que es más mexicana que la otra, anterior en poco menos de dos décadas, se destaca más su interpretación artística, más desarrollada con la madurez. Como narrador ameno, ha alcanzado un hito en esta novela. Más que en "Clemencia", despliega un relato de intensa dramaticidad, utilizando un ambiente de terror y de misterio, rasgos propios de una novela que aguza el apetito del lector. Su nueva creación está moldeada en un estilo robusto, castizo y sobrio más conforme con

sus mismas ideas concernientes a la forma de la novela. No deja de ser elegante, aunque carece de todo adorno verbal exagerado y de la verborrea fastidiosa tan común en los novelistas anteriores.

En cuanto a sus personajes, nos damos cuenta de la poca transformación en su manera de dibujarlos. Para explicarnos, en una forma más concreta, debemos afirmar que esa opinión prevalece según este sentido: todavía sus personajes son entidades de caracteres idealizados. El indio, Nicolás, y Pilar siempre actúan con honradez y nunca tenemos esperanzas de observar variaciones en su conducta. Al lado opuesto, hallamos a El Zarco y a Manuela, personas que se han desviado del sendero de la virtud y son inevitablemente destinados a la destrucción. Sus figuras secundarias generalmente son nebulosas como vemos en la madre de Manuela, doña Antonia, la que siempre está quejándose de las condiciones malas de la época. En cambio, pinta Altamirano un excelente tipo en el carácter de Chagollan. Es una descripción que nos revela en este campesino ostensiblemente rudo, la exterioridad recia, envoltura de un espíritu recto y virtuoso. Nos traza el autor, de una manera harto reveladora, el personaje del Tigre, uno de los jefes de los plateados, quien acaba por hacer traición para evitar, sin éxito, el cadalso.

El personaje más favorito de Altamirano en esta novela es el indio Nicolás. Empero, no representa el indio abyecto y servil, ya que ha salido de su grupo étnico. Demuestra cultu-

ra y afán de trabajar y se da cuenta de su valer intrínseco. Es ejemplo de lo que puede hacer un indio -el mismo caso del autor- cuando tiene la oportunidad de surgir de su ambiente miserable. A cada paso, descubre su rectitud. Aunque sabe que Manuela no le quiere, Nicolás trata de rescatarla a costa de arriesgar la vida y va a parar a la cárcel. No posee la índole elegante y atractiva del Zarco, sino que tiene un carácter firme y reservado, tal vez una prolongación de su abolengo indígena. Es un ser que manifiesta la fuerza, la cual está listo a poner a la disposición de cualquier persona que se encuentre en apuros, como ha hecho muchas veces en el caso de doña Antonia. Su valor es conocido en todas partes y eso es por lo que merece el respeto de los malvados. Acude en el momento perentorio mientras los jinetes negros de Chagollan están literalmente sitiados por los numerosos soldados del Zarco. Nicolás, con sólo diez hombres puede meterse en lo más reñido de la lucha tremenda que se libra, infundiendo temor en los corazones cobardes del Zarco y sus adherentes. Es un episodio esencialmente romántico.

El carácter de Manuela es uno de los mejor trazados por Altamirano de cualquier personaje en toda su obra novelesca. Con razón puede decir González Peña lo siguiente: "Fué, ante todo, un pintor de mujeres (¿qué artista que en verdad lo sea, qué artista de íntima delicadeza, no se inclina, goloso, ante esas flores no ya únicamente de carne, sino de espiritualidad y de gracia, que son, a menudo, la razón, o la mejor razón de

vivir?)¹

La pasión sin límite es uno de los resortes más potentes que impulsan a Manuela. Es una de esas muchachas, que, aunque bien criadas, sienten la falta de algo básico en su modo de ser, y quieren compensar esta carestía. Para ellas, muchas veces, lo externo, lo superficial, es la cosa más real de la vida. También, después de haber llevado una vida amparada, en el hogar de su madre, sin conocer mucho las fuerzas que operan afuera de su pueblito, cosas nuevas y misteriosas la hechizan, la atraen como un imán. Posee Manuela una conciencia irresponsable, lo cual se revela en uno de los mejores capítulos de toda la novela: La Adelfa. Altamirano se destaca aquí como pintor a grandes pinceladas, trazando una miriada de colores bañados en matices y tonos oscuros. Allí en medio de la huer-ta sombría y silenciosa, envuelta en la noche nebulosa, se descubre la figura solitaria de Manuela registrando de una manera diabólica, el tesoro que le ha regalado el Zarco. Ni remordimiento, ni vergüenza, ni las angustias de la conciencia siente ella al cubrirse con las alhajas preciosas del botín, mirándose en las aguas negras y tranquilas del remanso.

Por fin, su alma tempestuosa la obliga a huir con su amante, en busca de una nueva vida más romántica que la antigua. Pronto viene el desengaño. El campamento de los malhechores es repugnante para ella: la inmundicia, la embriaguez, las maldiciones, la grosería y en general, las malas costum-

1.- González Peña, Carlos - "Homenaje a Ignacio M. Altamirano", Universidad Nacional de México, 1935; pág. 53.

bres, testigos de poca cultura. Existe también la paradoja amarga en que ahora no puede lucir en público las alhajas que ha codiciado antes, ya que corre el riesgo de perderlas entre los rateros. Y quiere alejarse de allí, quiere aceptar la humilde existencia con Nicolás, pero, desgraciadamente, ya ha desaparecido la oportunidad de hacerlo. Surgen en su pecho los celos agonizantes, al imaginar a Nicolás y a Pilar, juntos. Ha desperdiciado irreparablemente todas sus esperanzas, y el deseo de vivir abandona su alma. Encuentra su fin trágico y es el único fin que le queda puesto que no puede vivir, viendo la felicidad que tiene su amiga con el herrero despreciado. Tranquiliza al Zarco, a punto de morir en la horca, gritando que no va a abandonarle, pues, exclama ella: "Prefiero morir a ver a Pilar con su corona de flor de naranjo al lado de Nicolás, el indio herrero a quien dejé por ti..."¹ Al ver la ejecución del Zarco, cae Manuela al suelo, muerta. Así se extingue la vida de una preciosa flor, después de una estancia corta en este mundo, causada por su pasión descarriada.

El Zarco, es el símbolo de las fuerzas del mal que forzosamente acaban por exterminarse. A pesar de poseer un carácter harto idealizado, es una figura que actúa según móviles psicológicos. Su alma, torcida desde su niñez, crece en su corrupción durante su juventud. El trabajo honrado le choca, demuestra un espíritu que quiere sacudir las cargas de obligaciones. Su ánimo nunca conoce el cariño. Siempre va impulsado

1.- Altamirano, Ignacio M. - "El Zarco", Colección Austral, pág. 156.

do por deseos egoístas. Ni siquiera siente amor al conocer a Manuela. Respecto de ella nunca concibe un amor noble sino "un deseo sensual y salvaje, excitado hasta el frenesí por el encanto de la hermosura física y por los incentivos de la soberbia vencedora y de la vanidad vulgar."¹ Manuela sirve de instrumento para lucir ante los ojos de sus compañeros. Significa una posesión exaltada en armonía con su carácter de jefe de la pandilla. Mas, en realidad, este hombre cruel, con una sed insaciable de sangre, no es más que un cobarde por dentro, que mata a personas rendidas, a las mujeres y a los muchachos, que atormenta a sus víctimas impotentes. Sus palabras vulgares, su risa aguda y de un carácter que muestra confianza en sí mismo, existen solamente en los momentos del buen éxito. Sin embargo, en medio de una situación peligrosa, revela su pavor verdadero como cuando, al ver a Nicolás en la batalla, retrocede y procura huir con rumbo a un bosquecillo donde están las mujeres de los bandidos. Esta acción únicamente prolonga unos minutos más la siguiente herida a manos del herrero furioso.

El último personaje que vamos a considerar es Pilar. Representa lo ideal en las mujeres a los ojos de Altamirano. Es una alma pura y noble siempre fiel al amor que arde en su corazón. Usualmente es tímida, reservada, pero, cuando ve que el objeto de su cariño se halla en apuros, su espíritu afligido rompe la reserva y se lanza a la acción. Su amor la hace fuerte

1. - Ibid; pag. 52.

y atrevida. Así es que se siente dispuesta a morir para salvar la vida de su Nicolás, detenido en la cárcel. Efectúa cuanto puede para realizar este fin.

Mucho adelanto se nota en las descripciones del Maestro, mejores que nunca. Sigue pintando el paisaje mexicano con más intensidad. Entre los cuadros que sobresalen más se destaca el del Zarco, caminando a caballo bajo la luna, con las masas negras de las montañas y las colinas a sus espaldas; la descripción vívida de la lucha feroz entre los plateados y los soldados de Chagollan; la pintura del campamento de los bandidos; pero lo que más sobresale es la escena endiablada a que ya aludimos al analizar el carácter de Manuela.¹

También nos revela la vida íntima de los bandidos que Manuela llega a odiar cordialmente. El lenguaje vulgar, la familiaridad, que existe entre este grupo -siempre tuteándose- la manera bárbara de tratar a los prisioneros, la corrupción desenfrenada que prevalece allí, todo ha sido bosquejado por el lápiz admirable de Altamirano. En armonía con su deseo de hacer saber la historia de su país se detiene en el capítulo XIX para describir Xochimancas, la madriguera de los famosos plateados. Traza el origen de este nombre, citando varias obras doctas que tratan acerca de estos asuntos. Luego analiza la historia de este lugar, una hacienda arruinada, con buenos terrenos propios para el cultivo de la caña de azúcar o de maíz, desde la antigüedad azteca, cuando fué una ciudad de jardines

1.- Ibid; pág. 44.

hasta su estado actual de decaimiento. Además, nos proporciona el fondo histórico en que se desarrolla esta novela.

La melancolía del espíritu romántico se deja sentir en toda la novela trágica, de emociones desenfrenadas. El engaño del herrero por cuanto al amor que tiene a Manuela, los sufrimientos de ésta en la cárcel de los malhechores, la muerte de doña Antonia después de la huida de su hija, la lucha entre las fuerzas del bien y del mal, en la cual, Nicolás desempeña el papel de un héroe legendario cuya presencia, casi basta para poner en fuga a los plateados, y por fin, el ahorcamiento del Zarco y la muerte de Manuela ante tal espectáculo, todos rasgos inconfundibles del romanticismo de este autor.

D. ESTUDIO COMPARATIVO ENTRE "CLEMENCIA" Y "EL ZARCO".

Hay muchos puntos semejantes entre los sucesos y los personajes de "Clemencia" y "El Zarco", que son propiamente, las únicas novelas completas que llevan el nombre de Altamirano. Desde luego, las dos novelas no siempre siguen el mismo molde.

En ambas novelas de románticos amoríos, tenemos un grupo de cuatro personajes principales: dos hombres y dos mujeres. En cada agrupación hay una mujer y un hombre que representan lo bueno -Fernando Valle e Isabel; Nicolás y Pilar- y lo malo -Enrique Flores y Clemencia; El Zarco y Manuela. La única excepción posible es la de Clemencia, quien, aunque mala, en gran parte de la obra, se convierte por fin en mujer honrada. Los hombres malos aparentan valor; pero sus verdaderos caracte-

res cobardes, se descubren al fin. Las dos mujeres, Clemencia y Manuela son impulsadas por una pasión por cosas efímeras que se desvanecen en la nada. Los dos hombres buenos, son engañados por mujeres y ésto lleva el uno (Fernando) a su destrucción, mientras el otro (Nicolás) se salva de la influencia de Manuela y acaba por alcanzar la felicidad.

La tristeza de estas dos obras -rasgo fundamental en Altamirano- es una cosa que se encuentra constantemente en sus creaciones novelescas. Es algo inseparable del alma del Maestro. Un vistazo a los estudios que hicimos de las dos novelas muestra claramente esta disposición.

Las dos creaciones presentan como fondo temas de la historia recién pasada de México. La primera tiene lugar en el Occidente del país durante la intervención francesa, la segunda localiza sus escenas en la tierra caliente de Morelos durante la guerra civil. Siempre Altamirano acierta a dar impresiones bien dibujadas de las regiones y de los habitantes en que sitúa la acción. Observamos sus esfuerzos por ofrecernos buenos cuadros que sirven de un ambiente propio, que armoniza con lo que desea narrarnos.

En "El Zarco" realiza lo que ha expresado acerca de la novela. Hay más fuerza, más color local en sus descripciones de la última novela que escribió. El análisis de los personajes, que demuestra más que nunca su mexicanidad es más profundo y la psicología de que hace gala, nos da vislumbres más verídicos de ellos. A través de esta obra revela sus pensamien-

tos sobre el triunfo eventual de lo bueno considerando que los dos malvados se condenan a la destrucción. Al leer "El Zarco", después de "Clemencia", como hicimos, no podemos menos de sentir que aquélla es bella, sincera, y muy mexicana, más que la otra que trata de serlo sin lograr mucho su propósito.

E. "LA NAVIDAD EN LAS MONTAÑAS"

Ignacio M. Altamirano despliega ante nosotros en su idilio romántico, "La Navidad en las Montañas", sus propios reflejos sobre la vida social y religiosa de su país. Fué escrita esta novela corta a invitación de su buen amigo, Francisco Sosa en 1870. Salió en el folletín de "La Iberia" y formó parte del primer tomo de los "Cuentos de Invierno". Aquí se observa su mayor encanto como narrador novelesco.

Sigue la trama de este cuento, la cual no es muy definida y carece de amplio desarrollo:

Empieza la acción el 24 de diciembre, durante la guerra civil. Encontramos al narrador del cuento, evocando tiernos recuerdos de su vida, impresiones de su niñez y juventud. Cuando llega al reinado de la realidad, le invade un sentimiento profundo de tristeza. Él, con su criado, andan a caballo, entre las montañas, perdidos, mientras van en busca de un refugio de la guerra entre la gente sencilla de las montañas.

Tropiezan con un cura español quien les ofrece la hospitalidad de su casa cural muy modesta. Por el cura, el oficial del ejército conoce a este pueblo suriano que proporciona una

vida sencilla. El cura le cuenta el idilio rústico de Carmen y Pablo, dos habitantes del pueblo, cuento que abunda en sentimientos románticos. Carmen es la bellísima hija del alcalde de este lugar. Ella, en el pasado, ha rechazado el amor de Pablo, un joven muy trabajador, valiente y simpático. Por eso, éste abandona sus buenos modales y se entrega a la bebida y al desorden. Llega a turbar mucho la paz del pueblo con los escándalos y pependencias que arma.

El cura trata, en balde, de cambiar las malas costumbres del joven. Entretanto, estalla la guerra civil y el gobierno ha pedido a los distritos del Estado en que se sitúa el pueblo, un cierto número de reclutas. Existe la costumbre de mandar a los vagos y a los viciosos en tal caso y ya que Pablo es el único vicioso allí, se le incorpora al ejército.

Pasan tres años y regresa Pablo, después de servir de soldado con mucha distinción. Ha llegado hasta ser oficial. Pide permiso para vivir y trabajar en la montaña cerca de su pueblo. Construye una choza, cultiva su "roza" y a poco tiene una hermosa plantación.

Ya de regreso Pablo, se nota el amor que Carmen tiene al mancebo. Por fin, juntan a Carmen y a Pablo en la iglesia y entre la alegría y el regocijo del pueblo entero, se casan el 24 por la noche.

Sí que esta obra que revela la imaginación y la fantasía fértiles del autor, demuestra harto la influencia romántica francesa, particularmente de Rousseau. Altamirano trata de

convencernos de que la verdadera felicidad se encuentra en volver a la naturaleza y a sus dones básicamente puros. Opina Alberto Altamirano, con mucha razón, señalando esta influencia: "Les thèmes favoris du penseur français -Jean Jacques Rousseau- s'y développent en toute liberté: bonté première de l'homme qui se pervertit au contact de la société, le bonheur reconquis par le retour à la Nature, par la fergalité".¹

Otra vez hallamos personajes concebidos en moldes idealizados, tal vez más que nunca. Carmen es un ángel puro, que no sabe lo que significa el pecado. Pablo es el joven esencialmente bueno que por el amor de Carmen poco correspondido, se dedica a las malas costumbres. Sin embargo, por fin, recobra sus buenos hábitos. El cura representa lo ideal, y es el modelo de cómo un hombre de tal profesión en la vida, debe desempeñar su papel.

El artista se revela en la pintura de las costumbres de aquella gente sencilla. Describe qué pasa en la plazoleta la víspera de la Navidad. Allí se realizan los bailes alegres danzados al compás de los arpistas que tocan sonatas populares. El auditorio come buñuelos, bollos, miel, castañas confitadas, todos vendidos por mujeres que gritan a voz en cuello. Los niños forman grandes coros, cantando villancicos, muchos de origen español. La mayoría de los villancicos contienen versos melancólicos acerca de los sufrimientos que nos esperan en la vida. Los trajes pintorescos dan un toque de alegría en la

1.- Altamirano, Alberto I.- "Influence de la littérature française sur la littérature mexicaine." pág. 52.

escena.

El autor no puede dejar de exponer sus ideas sobre la religión y la educación. Por las buenas acciones del cura, sabemos cuáles son las obligaciones de esta profesión y cuál es el estado de la religión en su época. El cura sigue bien las doctrinas de Cristo. Merece este piropo, ya que después de hacerse sacerdote, trató de ir a los pueblos salvajes, reduciéndolos al cristianismo. Por fin consigue permiso del papa para hacer eso y realiza sus fines. En la región a que ha llegado el viajero, el cura fundó escuelas, introdujo el cultivo de algunas artes mecánicas, y en general, mejora la vida del pueblo. Como sueldo, recibe semillas y otros efectos de la comarca y él mismo tiene que trabajar como cultivador y artesano. Es verdadero amigo de la parroquia y por eso lo llaman "el hermano cura". Es un verdadero cristiano amado por todos, y sabe seguir las enseñanzas de Cristo en la correcta vía. De paso, advertimos que este personaje es rigurosamente histórico.¹ Parece ser el Monseñor Myriel, que se encuentra en las páginas de "Los Miserables" de Victor Hugo.

Altamirano expone sus ideas concernientes a las iglesias de los varios pueblos y al cultivo de la religión en ellos. Su protagonista ha visto en este pueblo romántico, una iglesia sencilla y limpia en vez de éstas abundantes en "esa aglomeración de altares de malísimo gusto, sobrecargados de ídolos, casi siempre deformes, que una piedad ignorante adora con el

1.- Altamirano - "La Navidad en las Montañas"; pág. 51.

nombre de santos, y cuyo culto no es, en verdad, el menor de los obstáculos para la práctica del verdadero cristianismo."¹ Le choca la idolatría que todavía existe en su época, con todos esos adornos externos que no se necesitan en la verdadera religión de Jesús. Habla de la ley de Libertad de Cultos, pero aboga por la obligación de estudiar el espíritu de estos pueblos para darse cuenta de que la mera sanción de la libertad de conciencia no desarraiga el viejo culto idolátrico. Hay que borrar, de una vez, las costumbres paganas. Además, observa que hay muchos pueblos que todavía no saben mucho de la religión cristiana y adoran con más entusiasmo a unos santos que al propio Cristo. Creen éstos en los milagros que aprendieron de los misioneros, los cuales eran necesarios anteriormente para convertir a los paganos.

Para abolir estas prácticas y establecer la religión sobre bases firmes y ciertas, opina Altamirano que el Estado debe valerse de buenos maestros de escuelas y no de los llamados maestros que débilmente sucumban a las costumbres viciosas por no contrariar la voluntad de los pueblos que los sostienen.

Por todas partes su magnífico don de describir los paisajes -aunque de un carácter inconfundiblemente romántico- se pone de relieve. Al principio del idilio, Altamirano crea el ambiente apropiado, descubriéndonos el terreno mágico por el cual andan a caballo las dos figuras, huyendo de los horrores de la guerra en busca de un asilo para descansar. ¡Qué cuadro

1.- Ibid; págs. 90-91.

tan bello y tan tierno nos ofrece allí!¹

F. CUENTOS Y NOVELAS TRUNCADAS

Ya enterados de que Altamirano emprende muchos asuntos y termina pocos, no nos sorprende el que rara vez logre crear una obra novelesca más larga que los cuentos y deje otras en el pensamiento o las abandone después de unos cuantos esfuerzos.

Averiguamos que Altamirano pensaba en escribir una novela de gran altura entre los años 1867-1879. El título era "La Dama de Honor". Había contado el argumento a muchos amigos íntimos, siempre cambiándolo. En ella figuraban Carlota y Maximiliano, Juárez, Napoleón III, Porfirio Díaz, Mr. Seward y otros que desempeñaban papeles importantes en la historia de México durante la vida del Maestro. Esta novela iba a ser la mejor de todas sus creaciones, pero desgraciadamente, nunca la escribió. Altamirano siempre se veía demasiado ocupado con un montón de asuntos que impedían su realización.²

La primera producción novelesca del Maestro es un cuento "Las Tres Flores", que se publicó por primera vez en 1867, en el "Correo de México". Es, según el autor, una traducción que hizo cuando era estudiante. Primero llevó el título de "La Novia" y apareció posteriormente en "El Renacimiento"

1.- Ibid; págs. 13-14.

2.- "Cartas de Férula" en "La Libertad"; México, 17 de agosto de 1879.

(1869) como "Cuento Alemán". Por fin, se encontró en la tercera edición de "Cuentos de Invierno", publicado en 1880. No sabemos seguramente si es una traducción del alemán pues Altamirano desconocía este idioma. Pudo haber sido una traducción de la traducción francesa, ya que el Maestro sabía el francés a fondo. De todos modos, es un cuentecillo sumamente romántico por su tema y sus personajes.

La acción se verifica en Praga. Lisbeth, se casa, no con Ludwig, a quien realmente ama, sino con Enrique, por deseos paternos. Ludwig promete bailar el primer vals con -- Lisbeth en la fiesta nupcial. A media noche, Lisbeth, con una sonrisa en los labios, se levanta e impulsada por el ritmo de la música, baila magníficamente entre las parejas, apoyándose en los brazos de un caballero invisible. Después del baile, Lisbeth sabe que Ludwig se ha suicidado en el río unas horas antes y la mujer desilusionada, se desploma, sin vida, en los brazos de su marido.

Como su primer esfuerzo en la novela, este cuento nos muestra el rumbo que iban a seguir el resto de sus escritos en este campo. Toca una nota intensamente romántica puesto que muestra un rasgo intrínseco del romanticismo: la busca de ambientes lejanos dotados de cualidades desconocidas y a veces místicas. Por eso, se observa muchas veces la predilección por lo exótico del Oriente de parte de los escritores que son románticos.

Otro cuento largo de asunto romántico fué escrito expresa-

mente para el "Siglo XIX" cuando Altamirano redactaba la parte literaria del periódico. Se publicó primero con el título "Una Noche de Julio" y en los "Cuentos de Invierno" (1880) lleva el título sencillo de "Julia". Los personajes y el medio son definitivamente mexicanos. Tiene que ver con una joven de 18 años, alta, perfectamente desarrollada, esbelta, blanca, "el ideal de un poeta o de un pintor". Es una muchacha muy orgullosa, siempre quiere la libertad de sus pensamientos y de sus acciones. Cuando se halla en una situación de pobreza no disminuye su orgullo y sigue siendo independiente. Julia, de características apasionadas, al tener que escoger entre un hombre a quien detesta y la reclusión en un convento, huye del hogar.

Rasgos románticos abundan en las páginas de esta obra. Julián, joven de 20 años, quien ama a Julia sin ser correspondido, es un personaje empapado en una tristeza continua. Hay un cuadro muy tierno en que se revela la melancolía del alma sensible de Julián. Una tarde lluviosa, cuando éste visita a Julia, mira al jardín y expresa sus pensamientos, proyectando sus sentimientos a las creaciones de la Naturaleza: "¡Qué tristes me parecían los árboles inclinando sus copas por la lluvia! parecíome que lloraban. Las pobres flores caían deshojadas y sus pétalos eran arrastrados por las corrientes que inundaban el pequeño patio. El jardín presentaba un aspecto de desolación, y era como la imagen que pasaba en mi alma."¹

¹.- Altamirano - "Cuentos de Invierno", 3a. edición, México, 1880. Pág. 69.

Después de este amor perdido, el corazón de Julián se endurece. Resulta que cuando puede conseguir a Julia -ésta por fin se da cuenta de que quiere a Julián- la rechaza. Lo trágico del final es algo tan querido al autor.

Hallamos a otra muchacha apasionada en un idilio romántico y muy dulce, "Antonia". Esta muchacha ardiente del trópico también es voluntariosa (compáresela con Clemencia, Manuela, y Julia) y chasquea a su novio pueblerino para huir con un joven coronel. Tiene lugar en los turbulentos días de 1847, durante la invasión por los soldados norteamericanos. El novio engañado es un niño de 13 años, Jorge, que ya siente nacer el instinto sexual.

Seguimos las aventuras de Jorge en otro cuento "Beatriz". Esta vez, nos encontramos con Jorge en un colegio de México. Conoce a Beatriz, la madre bella de Luisito, que está bajo la protección de Jorge en el colegio. Desgraciadamente, termina la narración muy precipitadamente y dejamos al joven Jorge ya de 16 años, hondamente impresionado por esta mujer. Tanto en "Antonia", como en "Beatriz", Altamirano se muestra un buen psicólogo. En ésta, describe bien las emociones de la adolescencia. Nos ofrece el vislumbre de sus pensamientos, llenos de imágenes de mujeres. Es un cuadro tan realista que revela el propio romanticismo del espíritu que hallamos en personas de esta edad: "Los sueños que siempre condensaban sus absurdos en una sola forma -la mujer, las meditaciones de cuyos sombríos abismos siempre surgía una imagen luminosa y provocativa- la

mujer; las esperanzas, magas risueñas que siempre conducían entre nubes de rosa a un ángel -la mujer; la tristeza, oscuridad y fatiga al comenzar el camino, y que había buscar el único apoyo y la única luz- la mujer,... y por último, el deseo, fiebre mortal, sed angustiosa que me hacía suspirar por un oasis de encantadas y cristalinas fuentes- la mujer!"¹

La última novela que empezó Altamirano sin llegar a terminarla fué "Atenea", escrita en forma de diario. El manuscrito original contiene 107 páginas inéditas que dejó el Maestro con Luis González Obregón al partir para Europa. Escribió el fragmento que queda en el año de 1889. Fué impresa esta obra en el volumen con que, en 1935 honró a Altamirano la Universidad Nacional de México.

Puede parecer una paradoja el que el protagonista mexicano se vaya a Venecia para buscar refugio a sus dolores. Huye para acabar la vida angustiosa lejos de la patria donde amó y perdió a una mujer. Lo decimos porque Altamirano -a excepción de "Las Tres Flores"- sitúa el escenario de sus ensayos novelescos en las regiones de su propio país. Venecia para él era un lugar conocido solamente por las noticias que recibió de sus amigos italianos y de los escritores prendados de los atractivos de esta ciudad.

Pasando sobre las aguas venecianas en una góndola, ve la aparición de una mujer, de belleza ideal que despierta en el alma del personaje sensible un amor súbito y apasionado. Atenea es veneciana, pero de padres americanos, y esto se siente

1.- "Beatriz", "El Artista", vol. II (1874) pág. 131.

en su espíritu. (Siempre se observa el amor que tiene el Maestro a las cosas de la América del Sur y a la América Central). Después de la primera entrevista con la bella diosa, la melancolía que abrumba el corazón del protagonista se convierte en una alegría insensata y como Julián ("Julia") proyecta la esencia de sus sentimientos en las cosas comunes que observa a su alrededor. Al despertar, todo se ve matizado de colores brillantes y claros:

"Venecia presenta el aspecto de una fiesta matinal. El cielo está azul y transparente como si fuera un inmenso zafiro. El sol brilla alegre sobre el Adriático; corre una brisa tibia y juguetona que hace ondular las aguas azules, las velas de los barcos y las cortinas de las ventanas y de las góndolas... Todo canta y todo brilla. Y hay fiesta también dentro de mi corazón."¹

Según Ezequiel Chávez, la novela de "Atenea" fué realmente vivida por Altamirano.² Si es verdad, hallamos otra vislumbre del funcionamiento de la mente del Maestro. Demuestra su apoyo a una tesis que afirma que el amor platónico no existe, que el amor no puede ser más que sensual. Considera a Atenea una niña todavía, aunque poseedora de una educación extensa, ya que el amor ideal en que cree ella es una fantasía, una quimera, una locura. Para él, el amor no existe sin la posesión anhelada y esto en armonía con la ley humana y la ley

1.- "Homenaje a Ignacio M. Altamirano", México, 1935, pág. 97.
2.- Ibid, pág. 128.

de la Naturaleza. Desde luego, nota la necesidad de poner un límite al papel que desempeña el sensualismo en el amor. No hay más después de esta afirmación y podemos imaginarnos qué habría contestado Atenea. ¿Continuaría ella la discusión o rompería con él al sentir su alma sensible desilusionada?

Esta obra tiene particular interés porque nos expone los pensamientos y la psicología del autor que son las expresiones de la vida sentimental que llevó. Recordamos los escritos de Byron y Chateaubriand al seguir las aventuras del personaje, herido por un inconsolable tedio al perder su amor.

V. "EL RENACIMIENTO"

"...restaurar en el país el amor a los trabajos literarios tan abandonados en los últimos tiempos."

En el año de 1868, después de derramar mucha sangre de sus hijos, el país realizó la restauración de las instituciones y se alistó para descansar en la dulce paz. No es cosa sorprendente el que las letras patrias hayan declinado muchísimo durante los años de lucha. Otra vez surgió Altamirano para realizar el renacimiento de la literatura nacional, lo cual era, como hemos visto constantemente, su deseo ferviente. En su prólogo a "El Renacimiento" citó unas cuantas obras que valían la pena de mencionarse. Entre los libros recién publicados, señaló como inspirados en temas mexicanos: la "Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México" (1864) del señor D. Manuel Orozco y Berra; los "Documentos para la historia de México" (1865) de García Icazbalceta y las "Leyendas Mexicanas" (1862) de Roa Bárcena.

Una vez cesado el conflicto, Altamirano vió la necesidad de congregar a todos los escritores mexicanos cualquiera que fuesen sus credos o sus ideas, para empezar la reconstrucción literaria. Cambió de parecer respecto de las ideas que tuvo en 1861, cuando pronunció uno de sus mejores discursos contra la amnistía. Quería dar al olvido el cisma que había existido anteriormente. Definió su propósito muy claramente: "Llamamos I. "El Renacimiento" - periódico literario, 1869, introducción por Altamirano.

a nuestras filas a los amantes de las bellas letras de todas las comuñones políticas y aceptaremos su auxilio con agradecimiento y con cariño. Muy felices seríamos si lográsemos por este medio apagar completamente los rencores que dividen todavía por desgracia a los hijos de la madre común."¹

Bajo la inspiración del espíritu noble y lúcido que poseyó Altamirano, el semanario "El Renacimiento" se publicó en 1869. En ese año, Altamirano tenía 35 años de edad y se encontraba en la cima de su carrera política y estaba a punto de comenzar sus estudios culturales y sus novelas. Ya casi había terminado su creación poética. Es un excelente ejemplo de lo que hemos escuchado en la clase de nuestro estimable maestro y uno de los mejores cervantistas, Castellanos Quinto, quien dice en pocas palabras: la poesía especialmente la lírica, es producto juvenil, y, en cambio, la crítica y la novela son fruto de la madurez, de la experiencia.

No era novicio respecto al periodismo pues durante los años anteriores a la aparición del semanario mencionado, había dedicado casi todas sus creaciones intelectuales a las revistas que favorizaban los ideales liberales y reformistas. Apenas tuvo 18 años y era solamente alumno del Instituto de Toluca, cuando entró en el campo del periodismo, publicando sus primeras producciones en prosa, sus primeros versos y unos artículos satíricos en el periódico "Los Papachos". Redactó "El Eco de la Reforma" en el Estado de Guerrero, durante la lucha

1.- Ibid; pág. 6.

contra la Intervención francesa. En 1867, fundó el periódico de corta vida, "El Correo de México", en compañía de Ignacio Ramírez y Guillermo Prieto, siendo el Maestro redactor en Jefe. Participó en "La Chinaca" (México, 1862-63) periódico liberal, colaborando con sus compañeros Ignacio Ramírez, Vicente Riva Palacio, Francisco Zarco y Guillermo Prieto. Fué redactor de "El Monitor Republicano", periódico de ideas liberales, donde publicó su famosa requisitoria contra el Barón de Wagner en 1862, que después reprodujo en forma de folleto. Había publicado algunas colaboraciones en la revista "El Seminario Ilustrado" (México, 1868-69). Lo hizo al lado de Ramírez, Prieto y Luis G. Ortiz en ese semanario que abarcó no solamente temas literarios sino también asuntos científicos, costumbristas y sucesos contemporáneos. Durante los años 1868 y 1870, colaboró en el "Siglo XIX", especialmente con sus crónicas teatrales. Finalmente, en la "Voz del Pueblo", periódico popular que publicó en la ciudad de Guerrero en 1866, hay al menos unos editoriales suyos con su firma.

El principio que dió luz a la revista "El Rehacimiento", que puede considerarse tal vez el documento mejor de las letras mexicanas del siglo pasado, nació en las Veladas Literarias -véase Capítulo III- del grupo de escritores mexicanos que se reunían bajo la presidencia de Altamirano en 1867 y 1868. Como era costumbre en esas sesiones, en las casas de diferentes escritores se leyeron obras nuevas, poesía, novelas, homenajes, etc. Dos años más o menos antes de la funda-

ción de "El Renacimiento", dice en unos apuntes Juan de Dios Peza, quien a los quince años, asistió a una de estas veladas con unos versos suyos, que habló con Altamirano y también con Guillermo Prieto, dos de los titanes de ese grupo. Prieto, acariciando la mejilla del joven poeta, le dijo: "Ya te diría Nacho -Altamirano- que pronto aparecerá un periódico, exclusivamente literario; no desmayes, hijo mío; aquí estamos nosotros para alentar a ustedes."¹

Así es que, siguiendo la luz inspiradora del Maestro y con su dirección espiritual así como la de Gonzalo A. Esteva, quien proporcionó los elementos materiales para su realización, se fundó la revista. Figuraron éstos como editores del nuevo periódico y entre los redactores se encontraron Ignacio Ramírez, José Sebastián Segura, Guillermo Prieto, Manuel Paredo, y Justo Sierra. Además, aparecieron en él los trabajos de los enemigos de otra época, como Montes de Oca, Pagaza, Roa Bárcena. Los impresores fueron Díaz de León y Santiago White. Los últimos recibieron la propiedad del periódico al iniciarse el segundo tomo el 4 de septiembre de 1869. Causas económicas influyeron en tal cambio según todas las noticias que tenemos de ese suceso.

En el nuevo periódico, Altamirano escribió regularmente su "Crónica de la Semana". Esta serie de relatos concernientes a los sucesos contemporáneos nos proporciona un cuadro amplio del estado de México en cuanto a sus costumbres, su litera-

l.- Escobedo, Antonio Acevedo - "Aires de México", 1940, pág. XIII del prólogo.

ratura, su teatro y su música entre otras cosas. El supo charlar con los lectores, ofreciéndoles siempre renovados y sugestivos tópicos. Era un incansable trabajador lleno de entusiasmo. Según Benito Fernández, Altamirano tuvo gran aversión por los trabajos de grandes dimensiones, agravada por las urgencias de su vida.¹ Por eso sucede que sus mejores obras son los artículos que escribió para los periódicos y las revistas. Ejemplos son su "Crónica" y los famosos "Bosquejos" que publicó en "El Federalista". A propósito de dichos "Bosquejos" Roberto A. Esteva, un contemporáneo suyo relata lo siguiente: "Los escritos de Altamirano ejercen una extraña fascinación. No hay persona a cuyo alcance se encuentre un artículo suyo, que no vuelva a él los ojos involuntariamente, y una vez que los volvió, es hombre perdido. Así cual hace la serpiente con el pajarillo, así el artículo le atrae, le fascina, y le devora, al dejar que le devore con los ojos."² En este género puede Altamirano mostrar su espontaneidad y frescura siempre parte de su alma.

Sus "Crónicas" están llenas de color, de movimiento y de sana crítica. Pintan las fiestas de fin y principio de año, los domingos de la Capital, el Carnaval, la Cuaresma, la Semana Santa, los aniversarios patrióticos, las distracciones típicas de noviembre y de la Navidad; aluden a los espectáculos, las zarzuelas, los horrores del Can-Can, los conciertos de la

1.- Fernández, Benito - "Ignacio M. Altamirano" en El Nacional, 2 de noviembre de 1936.

2.- Esteva, Roberto A. - "Plumadas Sueltas" en El Federalista, 20 de enero de 1871.

Sociedad Filarmónica, el circo de Chiarini, la compañía dramática de Eduardo González y otros acontecimientos por el estilo.

Observamos que el Maestro escribió a grandes rasgos, sin perfeccionar los contornos. En los "Bosquejos", parece haber escrito los pensamientos tan pronto como entraron en su mente, sin detenerse para dar a sus escritos la última mano, puliéndolos concienzudamente.

En México, antes de Altamirano, la crónica periodista de estilo interesante y elegante era rara avis. Las crónicas eran pesadas y llenas de lugares comunes. Luego con nuestro autor y su gran influencia en el periodismo, llegó un estilo claro y cristalino. Mostró fe y sinceridad en sus escritos: sus palabras surgían del corazón. Eran palabras inspiradas en el patriotismo que exponían su fe inalterable en el futuro y el progreso de la patria. Aparece cortante y apasionada, la excelente requisitoria en contra del Barón de Wagner, el 11 de agosto de 1862.

¿Cuáles fueron los temas que abarcó la revista, "El Renacimiento"? Bajo la inspiración de Altamirano y su deseo de desarrollar temas nacionales, se encuentra que tales temas sobresalen en esta obra. Francisco Pimentel publicó allí sus mejores capítulos de la "Historia crítica de la poesía en México"; José Tomás Cuéllar escribió su artículo sobre la "Literatura nacional"; Alfredo Chaverro, Manuel Orozco y Berra y Pedro C. Paz se ocuparon de temas arqueológicos. Había estudios

sobre la ciencia, la literatura y asuntos misceláneos, tocantes a lo mexicano. El Maestro siempre abogaba por la explotación de temas relacionados con la vida mexicana, tanto antigua como moderna. Ya sabemos que como requisito esencial veía la necesidad de la ilustración del pueblo. Escribió artículos sobre las figuras de dos grandes hombres cuyas metas eran el progreso de la educación en México: Vidal Alcocer y Manuel López Cotilla. También abogaba por la necesidad de estudiar las lenguas aborígenes mexicanas a fin de conocer mejor los textos literarios indígenas. En fin, detestaba a los escritores mexicanos que no mostraban el orgullo nacional, a los que alaban culturas extranjeras y en cambio menospreciaban lo propio. (Véase Capítulo II)

Hay que aclarar un punto acerca de nuestro autor. Aunque luchó por establecer una literatura arraigada en el país no quiso olvidar por completo la literatura de otras naciones con tal de que fuesen modelos. En efecto, él y sus colaboradores escribían estudios sobre autores franceses, alemanes, ingleses, norteamericanos e italianos. Altamirano mismo, tradujo al español un artículo de Eugène Cortet sobre la Semana Santa. Justo Sierra publicó ensayos sobre Victor Hugo y Lamartine. Los bellos versos de Lamartine como el celebrado poema "Le Lac" fueron traducidos. Altamirano realizó una traducción de los "Idilios" de Gersner e incluyó también un cuento titulado "Cuento Alemán". (Véase Capítulo IV F.) Otros tradujeron poemas de Goethe y de Schiller. El Maestro escribió un buen estudio so-

bre Dickens y el género que cultivó. "El Cuervo" de Edgar Allen Poe se encuentra traducido admirablemente por Ignacio Mariscal, un caso raro, pues los libros norteamericanos usualmente llegaban tarde a México, ya que seguían una larga ruta, yendo primero a Francia o a España. Quizá esta traducción sea la primera hispanoamericana de Poe.¹

Casi todo género se cultivaba en la revista, menos el teatro: la poesía, la novela, la crónica, el artículo. Altamirano publicó allí seis poemas que más tarde hallamos en sus "Rimas", entre los cuales se encuentran "El Atoyac" y "La Salida del Sol". También aparecieron los versos de Justo Sierra, Manuel Acuña, Manuel M. Flores, Manuel Carpio, José Joaquín Pesado, Montes de Oca y Roa Bárcena. La novela apareció con frecuencia. Entre sus páginas se hallan por primera vez la famosa novela de Altamirano, "Clemencia". Además escribió Justo Sierra su "El Angel del Porvenir" y Gonzalo A. Esteva su "María Ana" y la "Historia de un loco".

Cuando dejó de publicarse "El Renacimiento", comprendía 811 páginas en dos tomos. Altamirano se despidió de sus lectores, diciendo que nuevos proyectos literarios impedían su continuación. Creía que la meta de la revista se había alcanzado pues por su influencia se había despertado el interés por la literatura en todas partes. Mencionó otras revistas y periódicos literarios fundados por toda la República. Señaló particularmente un periódico que era redactado completamente

1.- Martínez, José Luis - "La revista literaria" "El Renacimiento". Cuadernos Americanos, 1948, vol. II, pág. 182.

por mujeres, "La Violeta" de Veracruz. Por fin, prometió una nueva publicación en 1870, de carácter literario y filosófico.

En la década siguiente a la fecha en que concluyó "El Renacimiento", el 25 de diciembre de 1869, se fundaron 35 nuevas revistas literarias en la capital y en los Estados.¹ Notable entre ellas era la edición literaria de los domingos de "El Federalista", cuyo primer número apareció en México, el dos de enero de 1871. Aquí, bajo el título de "Bosquejos", escribió la serie de artículos a que ya nos referimos. Aparecieron también "La Linterna Mágica" (México, 1872), bajo la dirección de José Tomás de Cuéllar, "El Artista" (México, 1874-75), en que colaboró Justo Sierra; y "La Alianza Literaria", publicada en 1876, en Guadalajara las cuales son las más notables. En 1894, Enrique de Olavarría y Ferrari, hizo otro llamamiento para resucitar la revista "El Renacimiento". Claro está que esta vez se estableció con nuevo espíritu y nuevas ideas, aunque llevase el mismo título y semejante fervor y calidad.

La poesía, la novela y el ensayo florecieron de nuevo con un esplendor radiante. Con razón Altamirano dió en el blanco al afirmar, en la introducción del tomo segundo, que tenía esperanzas de que su periódico llegara a ser un monumento en las letras de su país, que tuviera mucha influencia en el adelanto de la literatura mexicana. Produjo, para nosotros, tal vez la mejor revista mexicana y además nos dejó un valioso documento de su época.

1.- Ibid, pág. 187.

VI. ALTAMIRANO POETA

"Cuando contemplo en el confín
 del cielo,
 En la mano apoyando la mejilla,
 Mis montañas azules, esa sierra
 Que apéna á vislumbrar mi vista
 alcanza,
 Se disipan las sombras de mi
 duelo,
 Y renace mi férvida esperanza..."¹

La obra poética de Altamirano se reduce solamente a un volumen, el más antiguo del que data de 1880. Allí se encuentran reunidas 32 composiciones que son anteriores a 1867. Más tarde se publicaron otras ediciones apenas más amplias. Hay unas cuantas que forman el núcleo de su poesía que aparecieron por primera vez en los varios periódicos del día como en "El Renacimiento".

La mexicanidad del Maestro se observa claramente en sus poesías. Siempre se acuerda de los días de su niñez como hijo primitivo de la Naturaleza, cuando veía el panorama del paisaje mexicano. Vivía casi como una bestezuela en medio del vergel trópico de Tixtla, pensando en nada, llevando una vida vegetiva como las cosas a su alrededor. De allí arranca la sencillez, la gracia y la frescura en sus versos y en su prosa. Leyendo las "Rimas", nos vienen las sensaciones del ambiente tropical con todas sus vistas en colores brillantes, y todos sus olores que no se equivocan. Más tarde, la ciudad no era bastante fuerte para extirpar el recuerdo potente del campo nativo. El paisaje es el elemento original que introdu-
 l.- Altamirano - "Rimas", México, 1885, págs. 75-76.

ce Altamirano en la poesía mexicana, pero no es cualquier paisaje que nos revela sino el paisaje propiamente mexicano. Introduce nuevas palabras indígenas en su castellano, pues solamente ellas pueden dar todo el sabor que manifiesta la escena netamente mexicana tan distinta de los paisajes del Viejo Mundo. Lo que anhelaba hacer se halla bien expresado en las palabras de Urbina: "El curso de nuestros ríos, el rumor de nuestros bosques, la gris placidez de nuestras aldeas, los hombres autóctonos de nuestras flores y de nuestros pájaros, todo eso era preciso que entrase en nuestra poesía, en nuestra literatura, que tomaría un aspecto distinto regional, sui generis, que nos daría pronto una definida personalidad americana."¹

No se vale enteramente de la descripción pura sino sabe dar un poco de su propia alma en sus poemas. No es arte lo que se reproduce solamente por los ojos -no es sólo una fotografía- sino la transformación que se realiza en el cerebro y el sabor especial con que el espíritu quiere adornar sus observaciones.

Escribía Altamirano cuando llegaba el romanticismo a México y toda la América Latina. Encontramos su poesía impregnada del nuevo espíritu romántico basada sobre formas escogidas de su cultura greco-latina. La desazón, el "mal del siglo", la tristeza profunda y el hastío de la vida y un cansancio al par que la renuncia del propio destino, todo eso se ma-

1.- Urbina, Luis G. - "La vida literaria de México", México, 1946, pág. 136.

nifiesta en él. Ve solamente sufrimientos, desengaños, miseria, eterno desamor y tristeza en todas partes y no puede más. Hablando a Dios dice:

"Pero hoy no puedo más... hoy sí te pido
Que termines clemente mi sufrir;
Un siglo de pesar mi vida ha sido;
Es mi esperanza única morir."¹

Muestra su nacionalismo ("A Orillas del Mar", 1864) ya que es un concepto inseparable del romanticismo. En este terreno como en todos, observamos que su poesía, por lo general, está impregnada de la manifestación de la subjetividad y es producto de una constante sensibilidad.

Sí que el romanticismo tuvo su gran influencia en la obra poética del Maestro. Sin embargo, su propio abolengo indígena tuvo gran importancia en su formación de poeta y le era propicio para la acogida del nuevo soplo de Europa. El sentimiento de tristeza tan arraigado en el espíritu del indio fué un motivo fundamental de la literatura romántica mexicana -tanto mexicana como latinoamericana- del Siglo XIX. Aunque Altamirano adoptó la cultura europea y abandonó la indígena, nunca pudo evitar la melancolía tan característica de su raza. Confiesa él que: "A veces tiembla una lágrima de dolor en el extremo de mi pluma; pero procuro sacudirla fuera del papel."² Dudamos mucho que siempre tuviera éxito en su propósito como hemos señalado en varios lugares de esta obra.

1.- Altamirano - "Rimas", México, 1885; pág. 63.

2.- Fernández, Benito - "Ignacio M. Altamirano", El Nacional, 2 de noviembre de 1936.

Altamirano contempló la poesía como un instrumento de la patria para hacer estremecer de entusiasmo y de orgullo el corazón de los pueblos, que los dispone para las luchas de la libertad, que los anima en el progreso continuo de la civilización. Constantemente se ve su deseo de dar aliento a los poetas jóvenes. Abogaba por el establecimiento de un gran concurso poético en la víspera o antevíspera, del día de la fiesta nacional como sucedía en la América del Sur. Después quería que las composiciones premiadas se distribuyeran profusamente entre el pueblo mexicano. De esta manera contemplaba el estímulo de los poetas, el recuerdo de los grandes hechos del pasado y la realización de la epopeya nacional.

Muy pocos de sus poemas nos revelan su alegría juvenil, su glorificación en las bellezas de la Naturaleza a mediodía, todo pintado en colores resplandecientes. Hallamos este júbilo en su "La Flor del Alba", "La Salida del Sol", "Los Naranjos" y "Las Amapolas". Los últimos dos muestran una nota sensual, el sentimiento erótico de la juventud que anhela el amor primitivo puramente físico. En "Los Naranjos" (1854), escrito a los veinte años, da expresión a sus deseos fervientes llamando a su amada con estas palabras:

"Ven y estréchame, no apartes
 Ya tus brazos de mi cuello,
 No ocultes el rostro bello,
 Tímida huyendo de mí
 Oprímanse nuestros labios
 En un beso eterno, ardiente,
 Y transcurran dulcemente
 Lentas las horas así."¹

1.- Altamirano - "Rimas", México, 1885; pág. 19.

Cuando quiera hacerlo, sabe pintar las montañas del Occidente, al salir el sol; el movimiento de las creaturas de la Naturaleza; el despertar de las aves, el pomposo cardenal, los guacamayos alegres, el ani cantando en los mangles, el turpial en el ébano, el centzontli entre las ceibas. Pinta los seres humanos, despertándose en sus cabañas al oír el cantar de los gallos. Luego sigue con su descripción del sol en varias horas del día hasta que llega al mediodía cuando derrama fuego y resulta el silencio, todo soñoliento y lánguido. A lo lejos se oye solamente el lejano bramido de la mar. Pinta las costumbres de la costa que son cuadros descriptivos tan queridos para él como que allí meció su cuna.

Nos hace sonreír el que, al mencionar el eroticismo de dos de sus poemas, "Las Amapolas" y "Los Naranjos", Altamirano cree que los críticos lo juzgarán un poco atrevido en ser tan libre. Por eso recurre a los poetas griegos y latinos y aún los modernos que están consagrados al amor y al placer. Afirma que pretende describir nada más que cuadros de la Naturaleza mexicana.

Se ha considerado su "Al Atoyac" su mejor canto. No sólo nos pinta la belleza del río Atoyac que fluye suavemente por el centro de su región querida sino también nos vislumbra sus propios pensamientos al contemplar el panorama. Descubre la vida de los labriegos, los animales y las aves que residen a sus orillas. Es, en efecto, el poema más acabado, más majestuoso, de Altamirano. Por todo, demuestra una inconfun-

dible solemnidad. Como contraste a este cuadro dulce, en su "El Atoyac", revela la otra cara del río ostensiblemente tan manso. Llega la creciente y las aguas tranquilas se convierten en un raudal ingobernable que arranca las parotas seculares, se lleva las cabañas, derriba los palmares y destroza todo antes de precipitarse en el mar. No es el mar embravecido sino el río costero al cual dirige estas voces dulces:

"Tú corres blandamente bajo la fresca sombra
Que el mangle con sus ramas espesas te formó;
Y duermen tus remansos en la mullida alfombra
Que dulce Primavera de flores matizó."¹

El Maestro siempre se preocupa por la inconstancia del amor y la fatalidad de la vida. Si no encuentra el cariño, ni puede amar por largo rato, halla el verdadero amor y solaz que le ofrece el paisaje de su tierra natal. Siente la añoranza fuerte por las bellezas de Acapulco, "ciudad de los palmares" -los palmares son símbolos de esa región del Sur- y los pesares lo devoran al despedirse de ella. Altamirano se pregunta si vale la pena de sufrir muchos dolores si todo conduce a la muerte final. Al dar consejos a su mujer le relata lo siguiente:

"Hay un destino implacable
Que nuestra vida preside,
Y que del hombre decide
La dicha y el porvenir.
Contra esa mano de hierro
Nuestro corazón se estrella,
Y en vano lucha, porque ella
Lo subyuga hasta morir."²

1.- Ibid, pág. 37.

2.- Ibid, pág. 82.

Rara vez puede esquivar los temas religiosos y educativos. Le gusta el retorno a la sencillez en cosas de la verdadera religión cristiana. Condena las malas prácticas de los creyentes de la ciudad que rezan en templos lujosos con toda la pompa. Lo que desea es la pureza y la sinceridad en la religión, lo que se siente con el alma ("La Cruz de la Montaña"). Canta a la niñez que tiene ante sí las oportunidades de obtener grandes cosas en el futuro. Para él, la niñez es la dulce esperanza de su Patria adorada ("En la distribución de premios del colegio Desfontaines", 1858.)

Altamirano hizo sus versos de una forma llana, natural, limpia y directa sin usar un estilo trabajosamente elaborado de sus predecesores y contemporáneos. Simplicidad era su meta, pero siempre con matices que no dejan de ser cultos y elegantes. Indudablemente el odio a las formas complicadas estribaba en la misma naturaleza del indio mexicano.

Aunque el Maestro no alcanzó los propósitos a que aspiraba, sin embargo señaló la vereda para otros que disfrutaron de su inspiración y enseñanza como el potosino, Manuel José Othón.

VII. ALTAMIRANO ORADOR

"Desde la tribuna oías
el aplauso de mil manos
que a tu voz estremecías
en cada vez que pedías
la muerte de los tiranos."¹

La voz tronadora de Ignacio M. Altamirano siempre imponía un silencio expectante en el auditorio que le escuchaba. Defensor infatigable de las ideas liberales, este Dantón mexicano surgía en momentos de crisis, durante la guerra civil y la Intervención francesa, para arrojar sus palabras fogosas contra los partidarios de la reacción y el campo de los enemigos de las instituciones democráticas. No había nadie como él para despertar las emociones recónditas de los oyentes. Podemos imaginarnos el efecto de ese discurso ardiente el 16 de septiembre de 1866 en la ciudad de Guerrero durante la invasión ignominiosa de los franceses. Altamirano, se levantó en la tribuna para dar aliento a sus soldados y como consecuencia de ese discurso inspirador, las fuerzas que componían la primera brigada de la División avanzaron hacia el centro del país, librando importantes acciones y contribuyendo al sitio de Cuernavaca (1866) y al de Querétaro (1867).

Es difícil, hoy día, tratar de concebir la impresión magnífica que causó la oratoria del Maestro. Ahora son nada más que palabras escritas en papel sin vida. Hay que ver a un buen orador en persona; hay que escuchar la manera de pronun-

1.- Peza, Juan de Dios en "Velada literaria que en honor del Lic. Ignacio M. Altamirano celebró el Liceo Mexicano el 5 de agosto de 1889"; pág. 40.

ciar las frases y la entonación; hay que observar los gestos de que se vale, pues todos estos elementos forman parte de una entidad completa. Además influye mucho el ambiente y la ocasión que le inspira a dirigirse al auditorio. Si le falta uno o más de dichos factores se cambia todo el aspecto de su oratoria y no alcanza las metas a las cuales aspira.

Además de su modo de hablar y de sus ademanes, importa mucho la figura del orador. La de Altamirano inmediatamente atrae la atención como muy pocos de su época. Rubén M. Campos retrata con excelencia la apariencia de este "Cuauhtémoc atormentado y sarcástico", delineándole así: "como un indio salvaje recién domado, alto, fuerte, de anchos hombros de Atlas, perfil de azteca fiero, ojos de águila, cabellera enhiesta y rebelde que echaba hacia atrás sacudiéndola como un penacho."¹ El Maestro, con su dicción correcta, su gesto estudiado y enérgico y el resplandor de los ojos sabía conmover a los que le escuchaban.

Como en sus otras actividades, siempre recuerda los gloriosos hechos de la historia de México, siempre lucha por la libertad del pensamiento, la libertad de creencias religiosas y políticas, la libertad del comercio, en fin, la libertad en todo con una restricción sabia: las libertades del uno no deben violar los derechos del otro. El se manifiesta en la oratoria el patriota constante, alimentando la idea de que México, es su propio país sea éste equivocado o no. Eso implica

1.- Campos Rubén M. - Homenaje a Altamirano, 1935, pág. 26.

que un mexicano tiene la obligación de esforzarse por el bienestar de su patria bajo cualquier circunstancia.

Consideramos su mejor discurso el que pronunció al principiar su vida parlamentaria. Conmovería a toda la Cámara del Congreso de la Unión y a toda la Nación. Era el mes de julio de 1861 y se discutía el célebre dictamen sobre la ley de amnistía. El joven diputado, se levantó, mirando a sus colegas y a las galerías henchidas de curiosos, para declarar que todavía no era la hora de clemencia en cuanto a los enemigos pues tal cosa no produciría ningún buen resultado. Para él, la amnistía era el olvido total de lo pasado, un perdón absoluto y en ese momento lo consideraba una acción tonta y cobarde. En un arranque de emoción intensa, refiriéndose a los conservadores, opinaba que los "cráneos debían estar ya blancos en la picota." Sus palabras eran directas y penetrantes. Según Justo Sierra, que escuchaba ese célebre discurso, expresaba la inaudita manifestación de odio, de desprecio y de soberbio la cara animada del indio. Todo armonizaba con las frases vibrantes, calientes y sorprendentes que articulaba la voz sonora que no llegó al grito jamás. Vemos la esencia de sus ideas al leer lo siguiente: "Nosotros debemos tener un principio en lugar de corazón. Yo tengo muchos conocidos reaccionarios; con algunos he cultivado en otro tiempo relaciones amistosas, pero protesto que el día en que cayeran en mis manos, les haría cortar la cabeza porque antes que la amistad está la patria; antes que el sentimiento está la idea; antes

que la compasión está la justicia."¹

El resultado del estallido fué tremendo. Al salir Altamirano del salón de la Cámara, la multitud enardecida, ebria de pasión y de júbilo lo arrebató y lo llevó en brazos por los corredores del Palacio Nacional -allí se reunía el Congreso- siguieron atravesando la Plaza de la Constitución y no lo dejó en paz hasta que lo depositaron en su casa. Su discurso era el tema de casi todos los círculos literarios y políticos. Fué profusamente impreso en muchas ediciones y reproducido con encomio por toda la prensa. Al fin, el dictamen, a pesar de ser sostenido por muchos oradores elocuentes fué reprobado.

Criticando su estilo con franqueza, vemos que es conciso y tiene mucho vigor. Sus razonamientos son lógicos siempre, apoyados en citas históricas oportunas y bien escogidas. Hay, detrás de sus palabras enérgicas un movimiento nervioso, rápido y brioso que no deja de arrebatarse la atención.

A Altamirano le gustaba celebrar los aniversarios de la independencia mexicana y en varias ocasiones se levantaba en la tribuna para considerar la situación de su país. Sus compatriotas mexicanos, según él, debían tener confianza en la independencia mexicana y glorificarla combatiendo y muriendo por ella, si era menester. Predicaba la guerra constante hasta la expulsión de todo elemento extranjero que dañaba el bien estar nacional. Repasaba la historia mexicana antes y después de la independencia. Antes veía la esclavitud de los indios

1.- Altamirano - "Discursos" 1934, pág. 36.

-miembros de su propia raza- que eran las bestias del encomendero y del fraile. Por el sudor y la sangre, aquéllos enriquecían al conquistador mientras vivían bajo la presión de las leyes abrumadoras. Para el olvido de los dolores del indio, le dieron el placer de la embriaguez, el vicio, la corrupción. También vivían en yugo los mestizos, a causa de la sangre indígena con que corría mezclada la suya. Este era proscrito del estudio de las ciencias, de varios ramos del comercio y de la alta jerarquía militar. También el negro fué traído a América para emprender los trabajos viles. Tal era la situación de la gente que existió cuando en 1810 se oyó el grito de Dolores.

Considerando la mucha sangre que derramó el pueblo mexicano, para abolir de una vez las condiciones abominables, no creía Altamirano que jamás se entregarían de nuevo a tales tiranías. Exhortó a sus compatriotas que no olvidasen las experiencias del pasado, que siguiesen la lucha hasta conseguir la victoria final. Moldeó su verbo en estos términos al terminar un discurso que lanzó contra el ejército francés invasor el 15 de septiembre de 1862: "No: la libertad de México no puede morir; no perderíamos en un año lo que conquistaron nuestros padres en once de sangre y de martirio. Que vengan las legiones del imperio francés. Nos encontrarán en guardia. ¡Pueblo de México! ¡en nombre de Hidalgo, en el aniversario de la independencia, jura antes morir que dejarte arrebatarse la liber-

tad de la Patria!"¹

El espíritu del Maestro que siempre vuela en las alas de la libertad no puede comprender bien las ideas que forman la base de la esclavitud. Le parece raro el que el mundo cristiano hubiese dividido a los hombres en razas libres y razas serviles o "en hombres y en cosas". Habla en honor del Ex-secretario de los Estados Unidos de América, el Hon. W. Seward alabando a éste porque con Lincoln efectuaron la emancipación de los esclavos.

Señala la paradoja que se muestra en Francia. En el pasado ha sido el pueblo de la ilustración y del culto cristiano que siempre ha luchado por la libertad en su propio país y los de fuera. Ahora el hogar de la "Declaración de los derechos del hombre" que provocó movimientos liberales por el mundo entero, manda sus tropas a México para matar las libertades de este país. Invade cobardemente a una nación debilitada por las luchas internas. Es un país que carece de un ejército moderno y de bastantes fondos para sostener una guerra contra un enemigo fuerte. Sin embargo, como hemos dicho en otro lugar, el odio que siente para con Francia, se ha dirigido solamente contra su gobierno y no en contra del pueblo francés. Todavía ve la existencia de fuerzas republicanas en Francia de las cuales menciona a Adolfo Thiers en el año de 1887 cuando todavía no se han reanudado las relaciones con la potencia europea. Su afán de husmear la verdad siempre le

1.- Ibid; pág. 58.

conduce a examinar las cosas, penetrando más allá de las superficialidades.

Aunque primariamente fija sus ojos en los problemas de su propio país y se goza de sus realizaciones, no obstante desvía su mirada de cuando en cuando para contemplar los hechos de los otros campeones de la libertad. Merecen sus alabanzas las acciones de Garibaldi, quien ayudó a conseguir la libertad de Italia y luchaba contra la tiranía en el Brasil y el Uruguay. Le entristece el trágico fin del poeta cubano, Juan Clemente Zenea, fusilado por los españoles en la Habana el 25 de agosto de 1871. Este, amigo personal del Maestro, es un modelo que Altamirano expone ante los poetas mexicanos, un modelo de un mártir que constantemente canta a la libertad del alma. Es de esos patriotas que sacrifican lo todo para el triunfo de una idea, un tipo que representa el héroe del pueblo.

Combate contra la superstición religiosa y la intolerancia como manifestación de la Iglesia católica para hacer fuertes sus instituciones. A fin de realizar esto, quiere proponer el apoyo al partido liberal, que ha emprendido la guerra contra las agrupaciones reaccionarias. Desea el triunfo de la moral pura en contra de las prácticas hipócratas de cultos que profesan seguir las doctrinas cristianas sin lograrlo. Como remedio para este mal y todos los males que descubre aquí en sus discursos y en otras partes de su trabajo extenso, exalta el papel importantísimo que puede desempeñar la enseñanza.

La ilustración es la nota tónica que se halla dondequiera que la busquemos. No vamos a proseguir respecto de esto, ya que hemos dedicado un capítulo entero (véase Capítulo IX) a este punto fundamental del gran Maestro.

Por fin, cabe hacer hincapié en la plática de Altamirano. Era gran conversador que encantaba a los círculos intelectuales de su época. Siempre sabía escoger las voces propias, siempre sabía escoger los temas interesantes para los que charlaban con él. Un contemporáneo suyo da una descripción lisonjera de la conversación del indio que dominaba admirablemente el castellano: "¡Qué gala de comparaciones! ¡Qué imaginación aquella brillante y movediza como un kaleidoscopio! ¡Qué poder tan asombroso de descripciones que hace ver con los ojos y tocar con las manos cuanto retrata! La palabra de Altamirano, encantadora para un hombre, debe ser irresistible para las mujeres!"¹

1.- Férula - Cartas de Férula en La Libertad, México, 17 de agosto de 1879.

VIII. ALTAMIRANO Y EL CATOLICISMO

"...proclamar la doctrina pura de Jesús, ese Libre Pensador de los antiguos tiempos, doctrina que condenaba el comercio sacerdotal-- he ahí nuestro objeto."¹

Altamirano abandonó el catolicismo ya que la misma esencia de su intelecto no estaba de acuerdo con las doctrinas de la Iglesia Católica. Eso no significa que fuera ateo por completo aunque sus artículos y alocuciones al atacar la religión daban la impresión de que lo era. Observamos esto en sus propias palabras que escribió al defenderse respecto de las acusaciones de ateo que publicó un llamado cura en la "Voz de México": "Yo no quiero el ateísmo, ni soy ateo".² Sus ideas religiosas estriban en las enseñanzas del Nigromante, su maestro, cuya tesis versaba sobre este principio: No hay Dios; los seres de la Naturaleza se sostienen por sí mismos. Empero, el alumno no poseía ideales tan radicales como el maestro. Como idealista deseaba la adherencia estricta a las doctrinas de Jesucristo. Podemos afirmar que sus pensamientos tendían más al deísmo que al ateísmo. Como creyente en el progreso, en la libertad civil, de la conciencia, de la imprenta y en todo, no podía admitir el culto que suprimía el libre pensamiento.

Luchó por la adquisición de la tolerancia religiosa que por fin, fué incorporada en las leyes de Reforma de 1857. Su

1.- Altamirano - "Discursos" 1934; pág. 203.

2.- Altamirano en El Federalista; el 13 de marzo de 1871.

defensa de ese código se demostró cabalmente en unos artículos que escribió en 1870. Un clérigo español, Villageliú, hizo aprehender en Ozumba, a 33 protestantes a fin de detener el progreso del protestantismo en esa comarca. Con la presión continua de Altamirano, a pesar de la oposición fuerte del clero católico, dentro de unos meses se pusieron los presos en libertad. Naturalmente el apoyo de una secta le atrajo el odio de los católicos. El 10 de julio afirmó lo siguiente: "Hace muchos años que no soy católico; pero no he hecho la guerra al catolicismo, contentándome con seguir mis creencias en silencio... no profeso odio implacable contra religión ninguna; pero me creo en el deber de impedir que hombres como el P. --- Villageliú, abusen de los desgraciados, privándolos de libertad y reduciéndolos a desesperación."¹ En otro artículo opinó que un pueblo podía ser católico o protestante, de acuerdo con la mayoría de sus habitantes. A su parecer, con el advenimiento de la Reforma, el pueblo tenía el derecho de expulsar al cura que no le agradaba y considerando que la Iglesia estaba separada del Estado, la autoridad civil ni podía ni debía meterse en sostener a un cura persona non grata en su curato.²

Para dar mejor expresión a sus ideas religiosas -el ejercicio de la moral pura y de la virtud recta- se unió a los masones como muchos mexicanos célebres de esa época y del presente también, v. g. Justo Sierra. Era uno de los masones más

1.- Altamirano en El Siglo XIX del 10 de julio de 1870.
2.- Ibid, el 19 de junio de 1870.

antiguos de México. En esta organización, veía una agrupación de hombres que marchaban en la vanguardia del progreso, que trabajaban en la obra futura de México. Sabemos que hizo muchos esfuerzos por la bienandanza de la Masonería. En una carta a Juan de Dios Peza, habló con entusiasmo de la inauguración del templo masónico a cuya logia pertenecía.¹ Como recompensa de sus actividades en 1877, ocupó el puesto de la Gran Maestría de la Gran Logia de Estado del Valle de México.

En sus novelas, en sus artículos, en sus discursos, en su poesía, ataca la vanidad y la pompa que existían en las fiestas de la Iglesia. Estas distaban mucho del papel espiritual que debían desempeñar. Abogaba por una verdadera comprensión del Evangelio y no la abierta hipocresía que exhibían los pretendidos fieles. Recordó a sus lectores el ejemplo de los cristianos primitivos que eran mártires y santos y no tenían más que las catacumbas, los altares rústicos y su propio corazón. Este fué para el Maestro, el mejor santuario para guardar los preceptos evangélicos tan abandonados en su época.

1.- Moncayo, Toribio - "Altamirano y la Masonería" en Revista de Revistas, el 11 de noviembre de 1934.

IX. ALTAMIRANO MAESTRO

"El pueblo necesita instruirse; instruído será rey; ignorante, se hallaría siempre bajo una vergonzosa tutela..."¹

A. Breve Reseña de la Educación en México antes de y durante la Vida de Altamirano.

La instrucción popular no existió ni durante la dominación española ni durante la Independencia. Los criollos acomodados iban a educarse de preferencia en los colegios de España. En el Siglo XVI se fundaron dos universidades importantes, la Real y Pontificia Universidad de México y la de Guadalajara. Sin embargo, la educación primaria estaba tristemente descuidada. La instrucción primaria casi sólo se impartió por las congregaciones religiosas en escuelas generalmente anexas a los conventos. Así lo hicieron los frailes franciscanos y con más empeño los jesuitas, pero al ser éstos expulsados del reino en 1767, este escaso beneficio acabó. Averiguamos el hecho sorprendente que al concluir el Siglo XVIII, Revillagigedo decía no haber en toda la Nueva España más de 11 escuelas.² Además, las escuelas de primeras letras que existían en la ciudad de México eran pobres y los maestros no tenían suficiente preparación para desempeñar ocupación tan importante. Estas instituciones limitaban su enseñanza a la

1.- Altamirano - "Discursos", 1934; pág. 238.

2.- Fernández Rojas - "El proceso de la educación pública en México"; Saltillo, Coah., 1933; pág. 22.

lectura y escritura , religión y trabajos manuales; las escuelas superiores de los jesuitas sólo añadían el latín y discusiones de Metafísica.

Con la Independencia de México obtenida a costa de una lucha tremenda y violenta, vino la paralización de la vida económica, de la cultura y de la educación también. El conflicto trajo consigo un desquiciamiento de las viejas instituciones docentes. Los establecimientos fundados por el clero decayeron como el clero mismo. Para suplir esta necesidad surgieron nuevas y oportunas instituciones principalmente privadas. La primera de ellas fué la Compañía Lancasteriana que se fundó en México, el 22 de febrero de 1822 con el propósito de proporcionar la enseñanza mutua. El sistema fué inventado o adoptado por los ingleses Bell y Lancaster, para compensar la falta de maestros. En una organización de esta clase, el maestro en vez de ejercer de modo directo las tareas de instructor, alecciona previamente a los alumnos más avanzados, los cuales transmiten después la enseñanza al grueso de los discípulos. El maestro vigila la marcha del aprendizaje y mantiene la disciplina. Por fin, vino la decadencia de esta institución hacia 1870, a causa del progreso de la ciencia pedagógica y el que el Gobierno General y el Municipio empezaron a fundar y a sostener mejores escuelas primarias.

Otra organización que hizo mucho para desarrollar la enseñanza primaria, la Sociedad de Beneficencia para la Educación y Amparo de la Niñez Desvalida, fué fundada en 1846, por

el filántropo, Vidal Alcocer. Su plan de acción era recoger niños menesterosos para darles casas, sustento e instrucción. La Sociedad hizo grandes progresos ya que en 1858 tenía 33 escuelas repartidas en 20 barrios con una población de 7,000 niños.¹ No obstante, la mayor parte de la enseñanza elemental estaba en manos de la iniciativa privada. El Gobierno que sostenía solamente 4 primarias de las 122 que existían en México en 1867, todavía no sentía su obligación de desempeñar un papel más importante en la educación popular. Los periodistas de la época con la exposición de los problemas mexicanos y la demostración de la necesidad de la educación cívica del pueblo, cooperaron en el desarrollo del estado educativo de México.

Otra vez, la vida educativa durante los años de la Intervención y del Imperio estuvo en decadencia, lo que es de esperar dentro de un período de lucha. Comprendiendo los años 1810-1884, podemos afirmar que casi fueron años perdidos para la educación, debido a las guerras intestinas y a la inestabilidad de los gobiernos mexicanos. Más del 80 por ciento de los niños de edad escolar que había en la República, en 1884, estaba condenado al analfabetismo por falta de planteles educativos. Además, los maestros fueron pobremente pagados si consideramos que el promedio era de 115 pesos mensuales para cada maestro. Por consecuencia, la educación, bajo tales condiciones era sólo una instrucción rudimentaria.

1. - Larroyo, Francisco - "Historia comparada de la Educación en México"; Méx. 1947, pág. 178.

La Época Porfiriana se prolongó durante 35 años (1876-1911) y se mantuvo la paz que debe ser constructiva. La economía prosperó pero la enseñanza sufrió durante ese período y con estricto apego a la verdad, decimos que Díaz como dictador en los años de paz bajo su régimen, no pudo mejorar mucho la situación. La Reforma (1857-72) alcanzó a crear alrededor de 4,000 escuelas a pesar de las luchas; en cambio, la dictadura apenas creó otras 4,000.¹

B. Ideas Pedagógicas del Maestro.

La fuerza vital que corría detrás de la figura de Altamirano, la que era el motivo fundamental de sus ideas y de sus acciones, era el afán de propagar la enseñanza popular de su Patria. Para él, la instrucción de las masas constituía un menester magno para el aumento del prestigio nacional. Con ella vendría la mejora de todos los males intestinos ya que un pueblo enterado de sus problemas urgentes estaría mejor preparado para confrontarse con sus dificultades. A su juicio, era deber de una democracia emprender la tarea de derramar la ilustración entre la gente puesto que de esta manera, se haría más fuerte. Muchas veces señalaba el sistema de educación de los Estados Unidos en su época y afirmaba que debido a su excelente organización de instituciones educativas, esa nación se convirtió en una potencia fuerte y que iba a seguir creciendo a medida que desarrollaba esa fase tan básica de

¹.- Secretaría de Educación Pública, 1937, Conmemoración del quincuagésimo aniversario de la fundación de la Normal, Legajo I.

cualquier país.

Lo que necesitaba el pueblo mexicano era la instrucción pública, lo cual disminuiría considerablemente el crimen pues era hijo solamente de la ignorancia. No quería solamente fijar los esfuerzos para el desarrollo de unos cuantos sabios sino deseaba la formación de ciudadanos que supiesen leer y escribir. Veía la necesidad de construir más escuelas para cortar en flor, de una manera inteligente, las tendencias criminales. A la larga, ahorraría el Gobierno más dinero pues no le sería menester elevar más cárceles. Citamos al Maestro a este respecto: "Lo que se necesita en México, no son cárceles, ni patíbulos, ni leyes sangrientas, ni esbirros, ni amenazas; lo que se necesita es abrir escuelas de enseñanza primaria, por todas partes, en todos los ámbitos del país, con profusión, con impaciencia, con exageración, si vale hablar así."¹

Miraba a su alrededor y observaba más de 4 millones de indios, viviendo todavía en la barbarie en las montañas, en los valles, en las costas, en las riberas de los ríos y de los lagos. Todavía vivían en la ignorancia que era la cadena de su servidumbre. Siempre tenía fe en la capacidad del indígena y consideraba que un indio si tenía la oportunidad de recibir enseñanza, mostraría su inteligencia intrínseca. Además, simpatizaba con otro grupo, el de los criollos "herederos de la indolencia española y la abyección de los indios." También

1. - Altamirano - Bosquejos en El Federalista del 23 de enero de 1871.

ese grupo que llevaba una vida malsana muchas veces en las ciudades, poseía buenos tipos que habían surgido en todos los ramos de la vida y cooperado en el adelanto del país. La nación podría sacar más provecho de ellos si le ofreciese el Gobierno suficiente educación.

Siempre se oponía a dejar la enseñanza en manos del clero. En cuanto a la instrucción religiosa creía que en la escuela del Estado, no debía enseñarse religión alguna. En la escuela apoyada por el Gobierno deseaba el Maestro sólo la educación civil y respecto a la religiosa, pertenecía a la familia primero y si ésta no podía o no quería emprender esa tarea, pertenecería al cura o al ministro protestante o al rabino.¹ Se oponía a los servicios de las Hermanas de la Caridad a quienes veía como mujeres infelices, llenas de ignorancia y de preocupaciones. En los conventos todavía tolerados, estas misioneras de los jesuitas franceses y españoles, inculcaban ideas dañosas en los espíritus de las niñas. A su juicio tenían lugar sólo en los hospitales pero no en las escuelas de la República. Pintó en unas palabras el carácter de esas mujeres: "Son mujeres alucinadas e histéricas. Enseñan la esclavitud mujeril, la abyección, el odio a la libertad."²

Especialmente cuando pasaron los años de la pugna, surgió el Maestro, para hacer conocer a sus compatriotas que era la hora de la reconstrucción y de la consolidación. Creyendo

1.- Altamirano en El Federalista del 13 de marzo de 1871.

2.- Ibid en Bosquejos del 20 de febrero de 1871.

que la escuela popular era el fundamento de la dicha futura mexicana, -lo que abarcaba principalmente la enseñanza primaria- quería que el Estado vigilara cuidadosamente las escuelas elementales. La razón es que a la edad en que asisten los niños a la primaria son muy susceptibles a las doctrinas del maestro y estas impresiones se apoderan fuertemente de su ánimo. A pesar de todo, en enero de 1871, al analizar el estado de la educación, lamenta que todavía existían huellas de la pésima organización colonial. Disculpó los defectos, diciendo que todavía era cosa nueva la instrucción primaria y había resistencia de sus antiguos achaques y lo que lo detenía mucho, era la falta de fondos para realizar las ideas progresistas.

Altamirano nos ofrece un cuadro verídico y pesimista del sistema de la educación en 1871. Había en la ciudad de México 70 escuelas de enseñanza primaria gratuita: 42 que sostenía el Municipio, 11 la Compañía Lancasteriana y 17 a cargo de la Sociedad de Beneficencia fundada por Vidal Alcocer. Desgraciadamente todas no estaban bien dotadas. Veía la necesidad de la existencia de por lo menos 100 escuelas divididas en dos secciones. Hace un gran elogio de la Sociedad de Beneficencia, que además de dar enseñanza gratuita, mantenía un número considerable de huérfanos, vistiéndolos, y dándoles comidas, a fin de obligarlos a recibir la instrucción. Altamirano se dió cuenta completa de que la simple ley de instrucción obligatoria no bastaba para lograr una ilustración uni-

versal ya que las razones económicas ejercían constantemente mucha influencia en la asistencia a las escuelas.

Dió la bienvenida a la mejoría o a la apertura de escuelas especiales. Así es que le agradó el cambio de la Escuela Industrial de Huérfanos que tuvo lugar en 1881, ya que no era más una casa de corrección para jóvenes y niños sino que les ayudaría a los pobres a aprender oficios útiles a fin de luchar satisfactoriamente en la vida. Hablaba con mucho entusiasmo de los adelantos que se veían en el Instituto de Sordo-Mudos, sostenido por el Ayuntamiento. Participaba en la distribución de premios de la Escuela Normal de Ciegos, dándoles a los que vivían en "la noche eterna" palabras de aliento (1877). Describió la importancia de la música y el papel que podía desempeñar en el desarrollo de la vida cultural al pronunciar una alocución en la distribución de los premios en el Conservatorio de Música (1879).

Pasamos a unas ideas concretas suyas sobre la escuela y el maestro. Estas exponen la situación de su época y la situación que debía regir. Ocupó su atención la escuela del campo que estaba lejísimo de la perfección. En cuanto al maestro de esas escuelas, observamos que "era regularmente un pobrecillo mestizo que había aprendido a leer en la ciudad y a quien la miseria obligaba a hacer la última trampa al diablo, convirtiéndose en maestro de escuela."¹ Además de eso, desempeñaba el empleo de sacristán, notario del cura, es de-

¹ - Ibid en "La Escuela del Campo", el 13 de febrero de 1871.

cir, amanuense, algunas veces secretario del subdelegado o del alcalde y no pocas mandadero. Tenía el empleo de barrer la iglesia, arreglar los ornamentos y hacía un montón de otras cosas que no armonizaban bien con la dignidad que debía poseer un maestro de escuela. Fuera del poco respeto que le tenían, le pagaban un sueldo muy bajo. A él le venía el indio buscando la instrucción y ¡podemos imaginarnos la clase de enseñanza que ellos recibieron a sus manos!

La escuela que era una de las casas principales de los pueblos indios tenía un aspecto triste. Consistía en una sola pieza, mal ventilada, el suelo desnudo, los muebles toscos y una biblioteca que contenía un caudal de unas cuantas obras religiosas. Desde luego, había más fondos en las poblaciones grandes y por eso, allí contaban con mejor equipo, maestros más cultos y sueldos mayores.

Como remedio el Maestro abogó por el establecimiento de escuelas normales para la buena preparación de maestros. Además, quiso la reglamentación sabia de la instrucción popular, la dotación liberal de las escuelas, la prescripción de la enseñanza general del idioma castellano y el requisito a los maestros que supiesen los idiomas del país. Como cosa fundamental, deseó el buen pago de los profesores. La propaganda para él, podía facilitarse mucho con la impresión de millares de libros, de carteles y folletos baratos, todos regalados al público.

Como hizo Fernández de Lizardi anteriormente en sus nove-

las Altamirano ofreció a sus lectores cuadros sucintos de la situación educativa en su país. En una novela que dejó inconclusa "Beatriz", expresó su opinión en un estilo ligero, consuetudinario, de agudezas e ironías. Describe de la manera más satírica de que se ha valido jamás, las condiciones del colegio anticuado -uno de éstos que existían antes de que se promulgara la Carta de 1857- al que asiste Jorge. Todo es sombrío y melancólico por la falta de luz y por la suciedad. Bosqueja para nosotros los cuartos de los alumnos, pero lo hace de manera que nuestra atención se fija en la escena: "Las habitaciones de los estudiantes eran magníficas, pues se hallaban modeladas según las que se destinaban a los criminales en las cárceles de aquel tiempo. Consistían en una pieza pequeña que comunicaba con el corredor por una puerta, y que, además, solía tener una ventanilla con una reja de hierro. En esa pieza vivían generalmente cuatro o cinco estudiantes. A veces el número era mayor, aunque el de puertas y ventanas era el mismo, de manera que la ventilación era excelente."¹ Además, encontramos allí una descripción minuciosa de la vida cotidiana: los ayunos, los rezos, los estudios, los castigos y las diversiones de una vida que se parecía a la monástica.

A fin de realizar su deseo de tener maestros bien preparados, como hemos mencionado antes, declaró la necesidad de establecer una Escuela Normal de Maestros. Esta escuela uniformaría la enseñanza y daría lecciones prácticas de pedagogía.

1.- Crisol, 1934, XII: pág. 339.

gía, adelantando así los métodos, los textos y otros asuntos. Las materias que quiso incluir en el plan de estudios eran las siguientes: 1- Lectura; 2- Escritura, clara, correcta y uniforme; 3-Aritmética, ya que el cálculo debía de enseñarse a los niños y a las niñas; 4- Gramática elemental; 5- Moral, la escuela del Estado no debía enseñar la religión pero sí la Moral; 6- Historia política de México, debía enseñarse antes que todo a los ciudadanos mexicanos; 7- Derecho constitucional, para enseñar a los niños sus derechos de ciudadanos, las prácticas de la vida civil y la organización del Gobierno; 8- Geografía elemental, para que el niño compare su país con otros y pueda saber la verdadera situación de él en relación con los demás. También quería la enseñanza de unas nociones de Botánica y Zoología, el dibujo, la música y el estudio de los dos idiomas, inglés y alemán.¹

Tuvo presente las condiciones poco higiénicas de muchos planteles de enseñanza y por eso abogó por un edificio amplio, bien ventilado y con bastante luz. Quiso tener también un jardín para la recreación de los alumnos. Deseó incluir en la escuela modelo paredes agradables, muebles suficientes y útiles y en fin, un ambiente propio para el aprendizaje eficaz. Decía que "La escuela debe ser el dorado vestíbulo alfombrado de rosas, por el que la familia humana tiene que entrar al santuario de la civilización."²

1.- Altamirano - "La escuela modelo" en *El Federalista* del 27 de febrero de 1871.

2.- *Ibid* "La escuela en 1870", el 30 de enero de 1871.

En 1886, la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública a cargo del señor Lic. Joaquín Baranda encomendó a Altamirano la formación de un proyecto referente a la creación de la Escuela Normal para Profesores. Después de discutido el proyecto elaborado por el Maestro, en una junta que integraron profesionistas de esa época se aprobó la partida de --- \$50,000.00 para establecer el nuevo plantel. La Escuela Normal debió a Altamirano no sólo su organización sino también el Reglamento. Él hizo mucho para formar el programa inicial de estudios que comprendía 4 años.

Altamirano mismo escribió el borrador del Acta de la fundación de la Normal para Profesores de Instrucción Primaria en la ciudad de México. Dice allí que como cumplimiento a lo prevenido en el decreto del 17 de diciembre de 1885, en la ciudad de México, a los 22 días del mes de febrero de 1887, en un edificio de la calle Cerrada de Santa Teresa, bajo la presidencia de Porfirio Díaz, se inauguró la Escuela Normal.¹ Entre los primeros catedráticos se encontraron Ignacio M. Altamirano y otros educadores célebres del día. Como maestro en esa escuela, Altamirano llamaba muy cariñosamente hijitos a sus alumnos. Daba clases de Lectura Superior, de Literatura, de Historia General y de Historia Patria. La historia

1.- Tomado de la carta fotostática en posesión del Maestro Raúl Cordero Amador, la cual demuestra que las dos hojas del borrador sin firma fueron escritas por Altamirano. La carta lleva la fecha del 2 de mayo de 1947 y está dirigida a la Sta. Paula Gómez Alonzo, Directora de la Escuela Normal para Maestras.

que daba a sus alumnos era la historia vivida por él mismo, no sólo como testigo sino como actor de primera fila. Él fué quien encendió en el pecho de cada uno de sus discípulos el fuego sacro de amor a la patria, primero con su ejemplo y después con su fogoso verbo.

La primitiva Escuela Normal fué creada con el propósito de preparar en ella maestros para difundir las doctrinas más avanzadas de la pedagogía. Tuvo un carácter nacional a fin de que pudieran concurrir a ella no sólo los alumnos del Distrito Federal, sino también los de los varios Estados de la República. El Poder Ejecutivo se dió cuenta de que esta escuela era necesaria como una institución democrática de un país progresista. El Estado tuvo la idea de impartir la enseñanza menesterosa para hacer de cada maestro un hombre libre y responsable, protegido del Poder Público. Tres años después se fundó la Escuela Normal para Señoritas, un verdadero adelanto en los procesos de la educación de México.

Altamirano revisó y corrigió traducciones castellanas de dos libros de M. Guyau, cuando era profesor de lectura superior en la Normal. Los dos libros, "El año infantil de lectura" (París, 1898) y "El año preparatorio de lectura corriente" (París, 1898), llevan prefacios e índices de palabras nuevas que parecen haber sido escritos por el Maestro. El primer libro se preocupa de la educación moral de los niños desde el momento en que aprenden a leer. Contiene breves relatos o historietas morales que terminan con preceptos

claros. En la introducción se menciona el deseo de combatir la tendencia de los discípulos a leer mecánicamente como papagayos y sin dar sentido a las frases. En la parte inferior de las páginas se encuentran breves programas de gramática, ciencias usuales y moral. Tiene grabados frecuentes para ilustrar los relatos. Han tratado de tomar éstos de la vida interior del niño a fin de que encuentre en ellos tanto interés como en un acto de su vida propia. El otro libro es una continuación del primero. Agrega algunas nociones primitivas de cosmografía elemental, de geografía y de física. En éste además de los relatos en prosa hay algunas poesías ligeras y de fácil comprensión tomadas de famosos poetas españoles y americanos como Alarcón, Quintana, Bello, Hartzenbusch y Olmedo. También contiene un léxico con sencillas noticias biográficas e informes acerca de los nombres históricos y geográficos citados en el libro. Incluye una cantidad suficiente de grabados. Contemplando los dos libros, vemos que abarcan doctrinas que pertenecen a los modernos métodos de la pedagogía.

Altamirano era admirador del gran educador suizo, Pestalozzi. Lo notamos al recordar un incidente que ocurrió en Suiza en 1891 cuando el Maestro visitó una pinacoteca. Se detuvo ante una pintura de grandes dimensiones que representaba la figura de Pestalozzi platicando amablemente con un grupo de niños educandos. El cuadro le conmovió. "La pintura pareció impresionar mucho al Maestro, la contempló dilatadamen-

te y después, requiriendo papel y lápiz se puso a copiarla a grandes rasgos, pues era hábil en dibujo."¹ Luego habló extensamente acerca de las doctrinas del pedagogo-filántropo suizo y también expuso sus propias ideas respecto de la educación de su Patria.

Altamirano era maestro en toda la acepción de la palabra. Sus enseñanzas no se limitaron a las escuelas sino se esparcían en todas partes: en su casa, en la calle, en los paseos. Todos lo conocían y muchos lo seguían para escuchar las palabras sabias tocantes a la historia de la patria, las bellas letras y otros asuntos netamente mexicanos. No enseñó por afán lucrativo sino por un deseo de su corazón sincero. No obstante, nunca tuvo cátedra en ninguna de las escuelas más célebres del país aunque daba clases últimamente en la Escuela Normal. Altamirano constituyó un milagro pues este hombre que vivió sus primeros años en un pueblo humilde y oscuro por su propia iniciativa se levantó por encima de los obstáculos puestos a los de su raza. En las palabras de uno de sus alumnos, Ezequiel Chávez, ya muerto, queda definido Altamirano como maestro: "hombre extraordinario a quien más que vos, admiro porque es un ejemplo singular y acaso único del hombre de su raza que se convierte en maestro de los hombres de otras razas..."

1.- Homenaje a Altamirano de 1935; pág. 81.

2.- Ibid; pág. 98.

X. ALTAMIRANO COSTUMBRISTA

"La misión de la prensa es altamente noble y civilizadora; el periodismo lleva el germen del adelanto del pueblo, es el apóstol humilde que predica, es el maestro que enseña, es el sacerdote que inicia, a la multitud en los secretos del mundo de la ciencia..."¹

Ya hemos mencionado el aspecto costumbrista de la obra de Altamirano al considerarlo, especialmente como novelista y periodista. Ahora vamos a profundizar más en este punto esencial del hombre. El que durante toda su vida cree en el progreso de México, natural es que se detenga a menudo para considerar las costumbres de su país a fin de conocerlo mejor y de poder fijarse en las fases de la vida que en él se destacan. El Maestro se enorgullece de las costumbres buenas, mas cuando tropieza con las que son malas, se vale de la pluma con el propósito de extirparlas. Aunque nunca alcanza la estatura del gran crítico de las costumbres españolas, Quevedo, lanza sin embargo, opiniones que alcanzan el fin que se propone.

Ataca a los ricos, bien vestidos, bien alimentados y cubiertos de adornos brillantes. Todos muestran una belleza externa pero muy pocos conocen la caridad tan necesaria para aliviar la miseria de los pobres. Oraciones sentimentales caracterizan muchos de sus artículos de esta clase. Sabe traducir al papel los sufrimientos de los menesterosos, particular-

1.- Altamirano en La República, el 2 de abril de 1880.

mente de los niños desprovistos del pan de la instrucción, de suficiente alimentación, de ropa abrigadora, de bienestar.

Critica la pompa, la vanidad y la hipocresía dondequiera que aparecen. Descubre la verdad desnuda de la "high-life", de los que forman la alta sociedad de México. Describe sarcásticamente cómo éstos visitan los cementerios en la mañana mientras el "low-life", el bajo pueblo, no puede ir hasta la tarde pues: "La mantilla no debía rozarse con el rebozo, ni la levita con la chaqueta, en esos lugares en que reina la niveladora muerte."¹ Revela los móviles que impulsan a los ricos de ir a esos lugares sombríos y anti-higiénicos: el deseo de divertirse y lucirse, so pretexto de la devoción. Habla de la piadosa celebración del día de los muertos, el 2 de noviembre cuando se oye el funeral clamor continuo de las campanas de la iglesia. Para él es un día doloroso y triste pero para los hipócritas es un día alegre y festivo. Pinta la escena irónica en los siguientes términos: "Caminaba una procesión no interrumpida de gentes alegres y turbulentas... Las familias llevaban juntamente con algunos cirios y crespones o flores negras, ramos de flores naturales, coronas de siempreviva o de ciprés y cestos con comida y frutas y enormes jarros de pulque."²

A veces, Altamirano sale de su casa para pasearse por las calles de México. Lo que contempla usualmente es la tristeza

1.- Altamirano - "Paisajes y leyendas", México, 1884, pág. 164.

2.- Ibid. pág. 180.

en todas partes. Va al Zócalo y observa el hambre, el vicio, la ociosidad. La suciedad de la gente y de su ambiente es repugnante. A cada paso acuden a él pordioseros asquerosos. Se mofa del que México se considere una ciudad civilizada, brillante y opulenta como debe ser una capital. Con todos los adelantos, no puede juzgarse bastante avanzada si todavía retiene en sus calles las señas de la miseria humana. Aún más allá del Zócalo siempre se encuentra la pobreza, la anemia, la melancolía, la basura amontonada, cosas que son propiamente dichas huellas del México del siglo XVI, de la Edad Media. Tal vez ese aspecto de la ciudad es peor ya que hay mucho contraste entre la elegancia de los edificios y las calles y la luz del gas, comparados con el grupo espantoso de los mendigos. Su descripción del desfile de éstos es directa, sucinta, aguda y picante. Evoca en el lector sentimientos de repugnancia al clasificar los varios tipos que le molestan: "De todos modos no se da un paso sin encontrar un mendigo o una mendiga. Estos desgraciados pululan por todas partes, en el palacio, en los tribunales, en los templos, teatros, paseos, fondas, casas de comercio, hospitales, campos. Los hay cojos, mancos, ciegos, tuertos, leprosos, paralíticos, tiñosos, idiotas, borrachos, hidrójicos, epilépticos y buenos y sanos; los hay que ríen, que lloran, que gesticulan, que estiran a uno, que le oprimen el brazo, que lo injurian y aun que lo amenazan con el puño."¹

1.- Altamirano - Revista de la Semana en El Siglo XIX del 21 de agosto de 1870.

Un vicio que merece atención especial es el de la embriaguez que el Maestro ve por todos lados. Crece más y más, todo el mundo bebe pulque o aguardiente con malos resultados. Para Altamirano el vicio es tan chocante en el rico como en el pobre, pues a la larga, prescindiendo del tamaño de la bolsa o la elegancia del vestido, un vicio siempre sigue siendo un vicio. Contempla el fruto de la crápula: las riñas, los asesinatos, el robo, el hambre de la familia y el idiotismo por fin. Pregunta si todo eso vale la pena. Este vicio estorba el progreso nacional pues a diferencia de los ciudadanos de los Estados Unidos de América, los mexicanos ya son poco *inclinados* al trabajo y la embriaguez empeora la situación.¹ Exhorta la cooperación de la Iglesia y de las autoridades para erradicar este mal tan grave.

Frecuentemente Altamirano revela la ineficacia de la policía mexicana. Los guardianes de la paz, tanto en la capital como afuera, aunque se jacten de sus métodos modernos, todavía dejan de tener éxito en su lucha contra el crimen. En octubre de 1867, lamenta la existencia de gavillas armadas desde un manajo hasta cien hombres, que asaltan a los transeuntes, paralizan la agricultura y el tráfico y arruinan el comercio.² Evidentemente no cambiaron las condiciones trece años más tarde pues todavía existía la inseguridad de los caminos.³

1.- Altamirano en El Renacimiento, el 23 de enero de 1869.

2.- Altamirano, "Policía" en El Correo de México, el 21 de octubre de 1867.

3.- Altamirano, "Correo" en la República, el 24 de febrero de 1880.

Habla a veces del código penal y le agrada la abolición de la pena de muerte para los delitos comunes que promulgó la Constitución de 1857. Aboga el establecimiento de unas penitenciarías donde los criminales puedan purgar sus delitos. Cree que la penalidad debe consistir en la reclusión, la soledad y el trabajo para producir mejores resultados respecto de la sociedad.¹ Cree tácitamente en el jurado popular pero cree que México todavía no está preparado para emplearlo. Cita unos casos en que hombres indudablemente culpables fueron puestos en libertad por tales jurados. Como remedio del bandolerismo desenfrenado, sugiere la suspensión de algunas garantías individuales. Esto puede efectuarse aún en países democráticos en tiempos de crisis. En efecto, poco después, tal iniciativa fué puesta en vigor, aunque con la violenta oposición de muchos (1880).² Esta ley es constitucional y la historia comprueba que un gobierno puede asumir poderes extraordinarios cuando el país se encuentra en apuros. Ejemplo bien conocido es el de los Estados Unidos de América en la Guerra Mundial (1939-1945).

No obstante, el panorama no es siempre trágico. Altamirano se deleita en el recuerdo de las costumbres sencillas, particularmente las de su pueblo natal, Tixtla. En varios periódicos incluye las bellas descripciones de la Semana Santa en su pueblo, el Corpus, la fiesta de Los Angeles, las fiestas

1.- *Ibid*

2.- *Ibid*, el 13 de agosto de 1880.

de noviembre, todo con mucho encanto.

¡ Cuánta belleza hay en sus descripciones de las costumbres paganas que aparecen en el fondo de las prácticas cristianas de los pueblos indios, v. g. la danza sagrada en que aparecen los teopixcatin aztecas, vestidos como los viejos sacerdotes del templo mayor de México! Ni las leyes de Reforma ni el tiempo, ni nada ha detenido esta danza tradicional. Pinta la procesión de los santos entre los indígenas tixtlecos, fuertemente fetichista. Hacen los cristos que salen el jueves santo de la siguiente manera: "Con el tronco de un bambú, con el corazón de un calehual, o de otro árbol fofo cualquiera, improvisan un cuerpo que parece de hombre, le dan una mano de agua-cola y yeso y lo pintan después con colores vivísimos, bañándolo en sangre literalmente... Después barnizan la imagen con una capa de aceite de abeto, la hacen bendecir por el cura y la adornan después en el teocalli doméstico, en cuyo altar se coloca entre los demás penates de la misma hechura."¹ Notable aquí y en las otras manifestaciones del costumbrista es el uso de las palabras indígenas que caben bien y ayudan a recrear el ambiente propio de la gente que habita la región tropical del Sur.

Ningún libro concerniente a las tradiciones mexicanas está completo sin la descripción de la fiesta de Guadalupe y Altamirano se da cuenta cabal de eso. La historia de la Virgen

1.- Altamirano - "Paisajes y leyendas, tradiciones y costumbres de México," México, 1884; pág. 69.

de Guadalupe ocupa la mayor parte de sus "Paisajes y leyendas". Da la historia bien documentada del origen del culto y de su desarrollo. Para él, esta fiesta representa el punto máximo de la igualdad en su país ya que mestizos, indios, aristócratas, plebeyos, ricos y pobres se juntan ante los altares de la Virgen.

Reproduce los sucesos que comienzan con el descubrimiento de la Virgen por Juan Diego, indio pobre y humilde, uno de los recién convertidos a la fe católica. Recuerda las dificultades que tuvo el indio de convencer al primer obispo de México, Fray Juan de Zumárraga. Por fin, después de la cuarta aparición de la Virgen, cuando ella le dió a Juan Diego la señal de las rosas, se le creyó y construyeron una ermita allí en el Tepeyac.

Había la tradición de la Virgen de Guadalupe de España, que era muy conocida de los españoles de México, pero completamente ignorada de los indígenas. Aún Hernán Cortés era devotísimo de la Virgen de España y se encomendó a ella en un gran peligro que tuvo en México y más tarde cuando fué a España: "hizo su peregrinación al Santuario de la Virgen en 1528, para ofrecerle sus ex-votos, entre los que se contaba el escorpión de oro."¹ Además, Cortés trajo un estandarte de Damasco que tenía pintada una imagen de la Virgen, algo semejante a la de México.

Para la fecha cuando se escribió este libro, el culto de

1.- *Ibid.*, pág. 303.

la Virgen ya estuvo bien arraigado en el país. Para Altamirano, nada recuerda tanto a la patria en el extranjero como la imagen de la Virgen de Guadalupe. Expone la importancia de este aspecto de la vida mexicana terminando sus "Paisajes" así: "El día en que no se adore a la Virgen del Tepeyac en esta tierra, es seguro que habrá desaparecido, no sólo la nacionalidad mexicana, sino hasta el recuerdo de los moradores de la México actual." ¹

Altamirano se deleita en las fechas gloriosas de la historia de México, como el 5 de mayo de 1862, cuando triunfaron los mexicanos sobre los invasores. Constantemente recuerda las hazañas y los héroes célebres del pasado. Esta glorificación de los procesos de la libertad no tienen solamente lugar respecto a su Patria sino se extiende, de vez en cuando a otras democracias del mundo. Conmemora el 4 de julio, día de la independencia de los Estados Unidos de América² y el 14 de julio, la fiesta nacional de Francia, en cuya historia la toma de la Bastilla significó la emancipación del pueblo y el triunfo mundial de la libertad.³ Refiriéndose a Francia, afirma que ella y México son hijos por el espíritu y que en las dificultades entre las dos naciones, sólo el Gobierno francés y no el pueblo ha tenido la culpa.

Ejerció Altamirano mucho influjo en las instituciones nacionales, exponiendo unas, mejorando otras. Muy pocas fases de la vida de su país se exentaron de tratamiento a manos del gran reformador mexicano.

1.- Ibid, pág. 484.

2.- Altamirano en La República, el 4 de julio de 1880.

3.- Ibid, el 14 de julio de 1880.

BIBLIOGRAFÍA

De sumo valor es la bibliografía amplia recopilada por Rafael Heliodoro Valle, "Bibliografía de Ignacio Manuel Altamirano" (sic) D.A.P.P., México, 1939 (Bibliografías mexicanas, número 8.) Además mencionaré los artículos y los libros que empleé, los cuales no se encuentran en dicha bibliografía. Sigue una lista de sus obras más importantes en prosa y en poesía. La lista no abarca los artículos que escribió Altamirano en las revistas, "El Renacimiento", "El Federalista", "La República", etc., mas se halla una colección de éstos en la bibliografía de Heliodoro Valle.

I.- Obras escritas por Altamirano.

- 1.- Antonia. Cuentos de invierno. Tomo II, México, 1880.
- 2.- Atenea. "Homenaje a Ignacio M. Altamirano", México, Imprenta Universitaria, 1935.
- 3.- Clemencia. Editorial Porrúa, México, 1944. (Colección de Escritores Mexicanos, número 3).
- 4.- Discursos. Ediciones Beneficencia Pública, 1934, nota de Manuel González Ramírez.
- 5.- El Zarco (Episodios de la vida mexicana en 1861-63) novela póstuma. Prólogo de Francisco Sosa, Espasa-Calpe Argentina, 1945.
- 6.- La navidad en las montañas. José Porrúa e hijos, México, 1943.
- 7.- Paisajes y leyendas, tradiciones y costumbres de México, México, Imprenta y Litografía Española, 1884.
- 8.- Revistas literarias de México, Méx., T. F. Neve, Impresor, 1868.
- 9.- Rimas. Cuarta edición, México, 1885.

II.- Obras no encontradas en la bibliografía de Heliodoro Valle y obras generales.

- 1.- Aires de México. (Prosas), Prólogo y selección de Antonio Acevedo Escobedo, México, 1940 (Biblioteca del Estudiante Universitario, número 18.)
- 2.- El Nacional, el 24 de febrero de 1887. (Acercas de la fundación de la Escuela Normal de Maestros en México).

- 3.- Fernández Rojas, J. Proceso de la educación pública en México, Saltillo, Coah., 1933.
- 4.- Férula, Cartas de..., "La Libertad", el 17 de agosto de 1879.
- 5.- Gamboa, Federico,- La Novela Mexicana, México, 1914.
- 6.- González Peña, Carlos,- Historia de la Literatura Mexicana, Porrúa, México, 1945.
- 7.- Guyau, M.- El año infantil de lectura, Paría (1898), revisada y corregida por Altamirano.
- 8.- Jiménez Rueda, Julio,- Historia de la literatura mexicana, Ediciones Botas, 1946.
- 9.- _____ Letras mexicanas en el siglo XIX, Colección Tierra Firme, México, 1944.
- 10.- Larroyo, Francisco,- Historia comparada de la educación en México, Porrúa, México, 1947.
- 11.- Leguizamón, Julio A.- Historia de la literatura hispanoamericana, 2 tomos, Editoriales Reunidas, Buenos Aires, 1945.
- 12.- Martínez, José Luis.- La revista literaria "El Renacimiento", en Cuadernos Americanos, México, marzo-abril, 1948.
- 13.- Monterde, Francisco.- Cultura Mexicana, Editora Intercontinental, México, 1946.
- 14.- Ramos, Samuel.- El Perfil del hombre y la cultura en México, 2ª edición aumentada, Editorial Robredo, México, 1938.
- 15.- Torres-RíoSeco, Arturo.- La gran literatura iberoamericana, Emecé Editores, Buenos Aires, 1945.
- 16.- Urbina, Luis G.- La vida literaria de México, Porrúa, México, 1946.

Se pueden encontrar muchos datos sobre la vida militar de Altamirano en el Archivo de Juárez, en la Biblioteca Nacional de México, D. F., La Hemeroteca Nacional en Carmen 31, México, D. F., contiene la mayoría de los periódicos y las revistas en que escribió Altamirano.

FE DE ERRATAS

Página	Línea	Errata	Correcta
8	20	Fuesen	Fuese
11	15	formaci ^ó n	formación
26	18	encontramos	encontramos a
28	23	desenlace	al desenlace
109	3	aboga	aboga por
Bibliografía (1),	línea 2,	Ignacio Manuel,	Manuel Ignacio
"	(2)	" 8 Paría	París



BIBLIOTECA SIMÓN BOLÍVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS